

Entrevista a Gabriel Salazar.

El quehacer de la Historia en el autoconocimiento y la autoeducación popular

Camila Neves Guzmán*
Wilson Lermenda Delgado**
Carlos Ibarra Rebolledo***

La Historia, como ciencia, necesita transformarse y resurgir revestida de un carácter crítico, cercana a las comunidades. Las palabras de Gabriel Salazar dan cuenta de los avances de la historiografía y sus posibles contribuciones para que juntos/as construyamos nuestras propias historias. Criado en el barrio La Chimba (Santiago), Salazar se rodeó de la cultura popular que, para aquel entonces, era invisibilizada por la academia. Por lo anterior, sintió la necesidad de historiar aquella realidad para los sujetos populares, lo que revolucionó la historiografía chilena. Esto involucró un verdadero acercamiento de la universidad al mundo popular haciéndonos sentir, como investigadores/as, parte de la historia. Estas tempranas experiencias han marcado su larga trayectoria como historiador, de la cual se han publicado y difundido gran cantidad de

* Programa de Doctorado en Historia, Universidad de Concepción, Chile. Magíster en Historia, Pontificia Universidad Católica de Valparaíso, Chile. Becaria de la Agencia Nacional de Investigación y Desarrollo N° 21201046 (ANID), correo electrónico: cneves@udec.cl, ORCID: <https://orcid.org/0000-0003-3814-8521>.

** Programa de Doctorado en Historia, Universidad de Concepción. Académico del Departamento de Historia y Geografía de la Universidad Católica de la Santísima Concepción, Chile. Becario de la Agencia Nacional de Investigación y Desarrollo N°21200996 (ANID), correo electrónico: wilson.lermenda@ucsc.cl, ORCID: <https://orcid.org/0000-0001-5531-6377>.

*** Doctor en Historia, Universidad de Concepción. Magíster en Historia mención Historia de Chile, Universidad de Chile. Académico de la Facultad de Educación, Universidad San Sebastián, sede Concepción, Chile. Correo electrónico: carlos.ibarra@uss.cl; Colaborador Académico del Departamento de Historia, Universidad de Concepción, correo electrónico: cibarra@udec.cl, ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-9555-2953>.

obras que son referentes para las ciencias sociales. Entre ellas, *Mercaderes, empresarios y capitalistas (Chile, siglo XIX)*, *Labradores, peones y proletarios*, *La historia desde abajo y desde adentro*, *Ser niño "huacho" en la historia de Chile (siglo XIX)*, *Movimientos sociales en Chile: trayectoria histórica y proyección política*, *Historia de la acumulación capitalista en Chile (Apuntes de clase)* y su reciente libro *La gran alameda de la soberanía popular (Testamento político de un historiador)*.

En esta ocasión Salazar define la Historia no solo como una ciencia del pasado, sino también una ciencia en movimiento, un diálogo constante entre sujetos vivos, de todas las épocas. En este sentido, el historiador afirma que la Historia Social ha aportado a la visión de una historia 'nacional' humanizada que puede mirar "desde abajo y desde adentro" a partir de este diálogo sin fin. Asimismo, con tal humanización de la ciencia, ha contribuido a los movimientos sociales que emergieron desde 1990 hasta la actualidad a partir del estudio del pasado. No obstante, desde la mirada de Salazar, este último punto no es suficiente ya que se requiere avanzar en la historia viva que rescate tanto el pasado como el presente, y se proyecte hacia el futuro en una continuidad.

Gabriel Salazar nos comparte que la Historia ha nacido y crecido acosada de la objetividad y la oficialidad, en el sentido de exigir la verdad y que sea coherente con intereses políticos. Hoy, desde el punto de vista del historiador, el movimiento histórico del pueblo-ciudadano necesita creatividad, comprendiendo el constante dinamismo de los procesos históricos desentendidos de aquella objetividad estática. Lo anterior, es coincidente con la memoria histórica viva de un pueblo. También, se ha referido al problema del centralismo de la academia. Pues, a ojos del historiador, la historia ha necesitado ser legitimada a partir de su oficialidad, razón por la que se ha recomendado trabajar en el Archivo Nacional de Santiago con el fin de alcanzar la *objetividad*. Desde el 2011, los/as nuevos/as historiadores/as se han acercado al estudio de la historia desde abajo y desde lo local, punto que ha conducido a la significancia del autoconocimiento y la autoeducación del pueblo-ciudadano. En este sentido, hoy las escuelas pueden contribuir a la investigación de sus propias historias, su realidad local y su soberanía sobre los recursos locales.

Por otro lado, destaca que hoy es imperativo que la ciencia historiográfica se comprenda en colaboración con otras ciencias sociales y que ello favorezca el dinamismo científico. Especialmente, enuncia la necesidad de una fusión entre la Historia y la Sociología con el fin de responder al análisis del movimiento emergente del poder popular. Para los estudiantes de historia, hoy, Gabriel Salazar invita a la construcción de una nueva historia a través del diálogo fraterno en vista de avanzar hacia el futuro de una nueva era definida por la integración solidaria de los pueblos. Otros temas como la naturaleza de la crisis capitalista actual, los movimientos sociales, el problema de los fondos de comunidad y el Estado como "construcción social" son tratados en esta entrevista, los que ofrecen una visión retrospectiva sobre la realidad chilena actual.

En general, el historiador Gabriel Salazar nos muestra que sus experiencias de vida han permeado fuertemente en su forma de hacer historia desde abajo. En este sentido, es imprescindible en la nueva era enunciada comprender a la historia como producto de un diálogo constante, productivo y solidario. De esta forma, podemos reencontrarnos en nuestra propia historia, de nuestras biografías y comunidades, considerando el estudio territorializado de la historia como ciencia en movimiento. En relación con lo anterior, el quehacer de los/as nuevos/as historiadores/as ha contribuido a la importancia y al levantamiento de los archivos locales. Adicionalmente, esta instancia ha permitido considerar la importancia de estudiar los pueblos desde la memoria viva y no solo desde los archivos superestructurales del Estado, otorgando relevancia a la diversidad de fuentes, tanto escritas como orales.

También, es significativo el énfasis puesto a la escritura de la historia por y para los pueblos, coincidiendo en que el historiador o la historiadora sean un vehículo para el autoconocimiento y la autoeducación popular.

Para finalizar, la lectura de esta entrevista permite a historiadores/as de diversas generaciones despertar y reaccionar frente a la forma que se sigue escribiendo la historia, considerando el acercamiento de la cientificidad a los movimientos populares emergentes. De este modo se nos otorga como investigadores/as las herramientas para ayudar a consolidar sus identidades y fortalecer las luchas contra las raíces neoliberales/dictatoriales.



Gabriel Salazar. Concepción, enero 2023. Fotografía publicada en la cuenta oficial de instagram de la Universidad de Concepción en el marco de la Feria del Libro Biobío.

¿De qué derivó su interés por la historia desde abajo? ¿De qué manera sus memorias y/o experiencias de vida han influido en su forma de trabajar la Historia?

Han sido decisivas. Viví mis primeros 22 años en una población obrera: la *Manuel Montt*, ubicada en el gran barrio de La Chimba, Santiago. Era una población especial, única, que fue construida en 1927 por la Caja de la Habitación Barata con los fondos de dos sociedades mutuales: la de las *Obreras Tranviarias* y la de los *Choferes de Taxi* (constituían ambas lo que se llamó “el gremio del rodado”). Eran (son) casas de ladrillo con un diseño adaptado a cada tipo de trabajador. Tenía calles de huevillos, veredas asfaltadas y grandes arboledas. Fue declarada hace 3 o 4 años atrás como *Zona Histórica*. Y fue edificada en el *centro* de la chacra “El Pino”, que había sido propiedad de un conocido magnate santiaguino. Por eso, hacia el norte, el poniente y el sur quedaron, en su entorno, potreros eriazos, que, después de 1938, se llenaron totalmente con *poblaciones callampas*, que llegaban hasta la orilla del río Mapocho. Allí se avecindó todo tipo de gente pobre: obreros, costureras, comerciantes, vagabundos, delincuentes, etc. Familias, hombres solos y mujeres solas que levantaron “covachas”, “rucas” y casas de adobe e incluso de ladrillos. Y fue natural que los cesantes y vagabundos escogieran solazarse en *la esquina* de nuestra casa, como si fuera su plaza ‘cívica’. Aparecieron pronto, por doquier, “expedios de bebidas alcohólicas”, y los numerosos ‘amigos de la esquina’ pronto fueron borrachos empedernidos (hombres y mujeres) que dormían allí noche y día. Como un quilombo de ‘lo marginal’... Hacia el este, estaban las avenidas (“cañadillas”) Vivaceta e Independencia que, según el historiador Armando de Ramón, tenían, en el barrio intermedio, más de 70 conventillos, además de La Vega completa... A una cuadra y media hacia el sur estaba el río, que tenía, bajo sus puentes, colonias de niños abandonados. Y al otro lado del río, estaban los “barrios rojos”, la cárcel y el Mercado...

En una palabra: nací en el *núcleo axial* de la clase popular chilena de ese entonces, donde conocí a todas – todas – sus variantes. Mi padre, por su parte, fue un “peón-gañán” (hijo de inquilino, “jamás pisé una escuela”) que, cuando se vino a Santiago, trabajó como sirviente doméstico (“copero”) en una “casa de honor”, donde conoció a mi madre (hija de parcelero, educada por las monjas para “sirviente”), que era “dama de compañía” de la patrona. En esa misma casa mi padre aprendió a manejar los primeros automóviles y a armar y desarmar motores, transformándose luego en un “mecánico” independiente y dueño de “garaje”. Allí, ambos se hicieron católicos fervientes (ella, practicando la caridad en callampas y conventillos, él, orando por el mundo en un rincón de su dormitorio, y con misa diaria). Se casaron y vivieron juntos el resto de sus vidas, tratándose siempre, entre ellos, de “usted” ...

Por todo eso, mi memoria histórica fue una *memoria viva de clase popular completa*, de puertas adentro y de puertas afuera. La ‘objetivación’ de esta memoria comenzó cuando, al ir primero a la Escuela – teniendo que atravesar ida y vuelta las callampas y los conventillos – descubrí que, en ella, ningún maestro ni texto alguno hablaban o contaban la historia de lo que yo veía todo el día en mi trayecto escolar. Cuando entré al Liceo de Aplicación tuve que atravesar

día a día el mismo cinturón de callampas, pero en *otra* dirección. Y en el Liceo, ningún profesor ni ningún libro se refirió a *ese* pueblo, que lo sentía tan dentro y junto a mí... Cuando entré a la Universidad, ni en el Departamento de Historia, ni en el de Filosofía, ni en el de Sociología recibí información o teoría a *ese* respecto. Sólo *una* clase (una sola clase) del sociólogo alemán André Gunder Frank (que explicó *por qué* existía ese tipo de gente) y *una* invitación del profesor Mario Góngora (que me ofreció ser su ayudante de ‘investigación’ para su libro sobre los inquilinos de Chile Central), me convencieron de que mis preguntas por el “bajo pueblo” chileno no habían sido respondidas, entre otras cosas, porque *no habían sido investigadas*. Por tanto, sentí que yo debía investigarlas, y tal como yo las había experimentado: desde la *memoria viva de la vida real*, y no (tanto) desde los archivos superestructurales del Estado. Y sentí también que eso incluía *contar al pueblo* (de vuelta) ‘todo’ lo investigado, por escrito u oralmente... desde la Universidad, o desde cualquier parte... Tal como ellos me habían contado ‘su’ historia personal, a mi madre o a mí mismo, tantas veces – tantas – en la esquina, en la puerta de mi casa, o en sus propias “covachas” ...

¿Cómo los historiadores han sido desafiados por la historia del presente, y cómo han asumido ese desafío?

La Ciencia Histórica ha nacido y crecido acosada por dos fantasmas epistemológicos: el de la ‘objetividad’ y el de la ‘oficialidad’. El primero, acosando en el sentido de exigir – como condición *sine qua non* de ‘la’ verdad – ver, estudiar y definir ‘lo humano’ como un *objeto*. El segundo, acosando en el sentido de exigir que la verdad sea *coincidente* con la ley, los mitos o los intereses del reino, la nación, el imperio, o la casta dominante.

La exigencia de ‘objetividad’ presupone que lo que se estudia está frente al sujeto cognoscente como una ‘cosa en sí’: *presente, entera, completa*. Como una piedra, un átomo, o una célula. Por tanto, en posición *estática*. Con tiempo detenido. De modo que se la pueda estudiar *empírica y exhaustivamente*, en todos sus componentes, su espacio y su relación fáctica con el resto de ‘los elementos’. Como bajo una lupa, o un microscopio. Son las presuposiciones con que opera la física, la geología, la química y la biología. Fue el modelo de ‘ciencia’ que se estableció en el siglo XIX. Y que dio lugar a lo que se llamó “positivismo”.

La exigencia de ‘oficialidad’, en cambio, no es una exigencia estrictamente epistemológica, sino ‘política’: apunta a que los conocimientos históricos *legitimen la historia particular* del régimen político dominante, a efecto de asegurar su gobernabilidad sobre la sociedad civil respectiva. Normalmente, esta exigencia va acompañada de amenazas coercitivas tácitas, que pueden implicar, en caso de no aplicarse la ‘exigencia’, represión, aislamiento, o desempleo. La Ciencia Social, y la Historia en particular, no operan siempre en ámbitos de libertad para la investigación: “Francia es el paraíso de los intelectuales mientras que Estados Unidos es, hoy, su infierno” (Raymond Aron). Y esto da lugar a un tema conexo de no poca importancia: la

producción de una verdad científica de *inserción social* (no estatal) da lugar a dificultades de operación que convierten la investigación 'social' en un *riesgo* y, por tanto, en una grave *responsabilidad social, ética y política* (Paul Baran) ...

La Historia de Chile se formó y consolidó, como disciplina, bajo la influencia de esos dos 'fantasmas' (o 'principios' epistemológicos, si se prefiere), aproximadamente, entre 1830 y 1950. Es lo que explica que la historia chilena del siglo XIX haya sido la historia del *régimen político vencedor* en las guerras civiles de 1830, 1837, 1851, 1859 y 1891, lo que implicó que la historia 'social' de los *perdedores* (pipiolos, comuneros y demócratas), no apareciera sino tardía y subrepticamente después de 1860, bajo la espesa sombra proyectada por la historiografía *oficial*, conservadora. Cuando, después de 1950, surgió una historiografía *crítica* (ideológica), lo hizo a la sombra de un régimen político *liberal-populista*, que privilegió, como 'ciencia oficial', no a la Historia, sino a la Economía Política y a la Sociología del Desarrollo (cuando no a las ideologías políticas *importadas*). Durante la tiranía militar (1973-1990) los historiadores tendieron a desarrollar una historiografía *social* fuera de la Universidad y a espaldas de la tiranía militar, *desde y con* las bases populares. Y también bajo los diversos intentos (más bien frustrados) de los nuevos 'vencedores' para sostener viejos mitos históricos y levantar otros nuevos...

Por todo lo anterior, las nuevas generaciones de historiadores se encuentran, hoy, *sin cánones historiográficos institucionalizados* para aplicar a la nueva contingencia histórica y, además, con la Historia como asignatura prohibida en el ciclo superior de la Enseñanza Media. El modelo historiográfico 'pipiolo' (de B. Vicuña Mackenna, F. Errázuriz, M. de Santiago Concha, etc.) del siglo XIX es poco conocido, y el modelo 'marxista' del siglo XX es más ideológico que científico. Sólo la Historia Social surgida a mediados de la década de 1980 ha logrado establecer un paradigma que *dialoga* con los movimientos social-ciudadanos del siglo XXI. Pero se necesita un *desarrollo superior*, pues el movimiento histórico del pueblo-ciudadano no se está rigiendo por modelos heredados del pasado, sino por *lo que requiere su presente vivo*. Lo que exige *creatividad*. Porque la historia de los pueblos no es sólo la de su pasado remoto o clásico, sino la de su *historicidad viva*, que va del pasado, pasando por el presente, en proyección vital al futuro. Porque el ser histórico real es un *ser en movimiento*. Su 'objetividad' estática es siempre trascendida por su *dinamicidad inter-subjetiva*. Por eso, la verdad histórica no puede ser ni puramente objetiva (estática) ni puramente oficial (dogmática), sino la *proyección* de la memoria histórica viva de un pueblo. La historia es *movimiento perpetuo*...

¿De qué manera los historiadores han propiciado los procesos de descentralización en el acceso al conocimiento y a los documentos históricos? ¿Aún queda por hacer en ese ámbito?

Chile, como ‘nación’, fue construido *desde* Santiago, *por* Santiago y *para* Santiago. Y Santiago fue dominado, desde la derrota hispánica de Curalaba, por la *élite mercantil* que comerciaba con el Virreinato Peruano (los “mercaderes” del sebo, y después del cobre y del trigo), que logró: a) acumular grandes “fortunas” en oro contante y sonante; b) comprar al contado las “magistraturas administrativas” del Imperio Español y de los Cabildos locales; c) también los “títulos de Castilla” que remataba la Corona al mejor postor y, después de 1810, d) construir el Estado chileno según la misma lógica ‘imperial-colonizada’; o sea: centralizado, autoritario, jerárquico y de ideario político “absolutista”... De hecho, todas las ‘naciones’ modernas han sido construidas política y militarmente por *un* ‘pueblo’ que aprovechó sus ‘ventajas comparativas’ para *someter* los pueblos vecinos y construir sobre ellos un sistema político centralizado, autoritario y jerárquico. Por eso, la ‘nación’ *ha sido y es un constructo político*, no una ‘sociedad civil’ (que se *autoconstruye socio-culturalmente* a lo largo del tiempo).

Es por eso que la Historia, en Chile, se la ha sub-entendido como historia ‘nacional’, política y centrada en la *construcción del Estado*- ‘Nacional’, que realizó, ejemplarmente (¡oh, Portales!), el patriciado mercantil de Santiago. Por eso, la Historia de Chile, dada esta paternidad específica, ha tendido a ser ‘oficialista’, y por ser ‘oficial’, ha necesitado ‘legitimarse’ ante la ciudadanía conjunta, y para legitimarse necesita destacar que, no sólo es oficial y apologética, sino, también, ‘objetiva’. Y a ese efecto se recomienda que, para hacer de la Historia una ‘ciencia’ efectiva y profesional, se recomienda (canónicamente) alcanzar la objetividad trabajando, en primer y segundo lugar, en el Archivo ‘Nacional’... *de Santiago*. Donde están los archivos del... ‘Estado’.

De este modo, los nuevos historiadores, quiéranlo o no, han sido formados en la historia oficial más que en la historia objetiva, y más en la historia política *centralizada*, que en la historia social, comunal, local y *descentralizada*.

Sin embargo, desde la década de 1980 – período de tiranía militar; o sea: cuando el Estado fue el enemigo de su pueblo –, la ‘historia social’ se refundó a sí misma *en lo social, en la calle y en las comunas*. Y desde allí se politizó, a través de los “nuevos movimientos sociales”, hermanada con la Sociedad Civil y no, ‘oficialmente’, con el Estado y la ‘Nación’. Desde el año 2011, aproximadamente, la tendencia dominante de los nuevos historiadores es hacer historia *desde abajo y desde lo local*. La tesis doctoral del profesor Fernando Venegas Espinoza, de la Universidad de Concepción, por ejemplo, es testimonio vivo de esa tendencia. Pues la nueva Historia no puede seguir aportando – para ser ‘ciencia’ – a la legitimación *tardía* de regímenes ilegítimos, sino al autoconocimiento y autoeducación *del* pueblo-ciudadano. O, si se prefiere, *de* la ‘sociedad civil’, que está siempre *localizada*.

Respecto a su libro *Ser niño huacho en la Historia de Chile*, usted señala: “el quehacer de los huachos no hizo más que reflejar (...) la historia adulta del país (...) en calidad y potencialidad del sujeto”. También, señala: “hacer historia de niños es, sobre todo, una cuestión de piel (...) más que de métodos y de teoría”. Por lo tanto, ¿en qué medida los niños se han convertido en sujetos sociales en la historia de Chile? ¿Cómo cree usted que ha contribuido el estudio de la infancia a la historiografía chilena? Y ¿cómo el historiador puede combinar la sensibilidad con la rigurosidad de la ciencia en la investigación histórica?

Las ciencias duras y exactas son ciencias – según se cree – porque estudian ‘objetos’ (inertes, estáticos, disponibles). La Historia, en su práctica profunda, *no* estudia objetos inertes, sino *sujetos vivos*, como el mismo historiador lo es (y los estudia *como vivos* aun después de muertos). Por eso, en la investigación histórica, en el fondo, es la *comprensión* de la vida, en su existencia ‘social’ y en su ‘movimiento’.

Y esto hace posible en la Historia lo que para las ciencias duras es imposible: la “*comprensión*” entre dos o más sujetos vivos *cognoscentes*, como enfatizó Wilhem Dilthey. Es decir: no la relación muda y unilateral entre un sujeto cognoscente y un ‘fenómeno inerte’ (*objeto*), sino la relación *dialógica* entre ‘nómenos’ similares (*sujetos*). Porque la historia humana es una ciencia de *intercomunicación y diálogo* entre sujetos vivos. Lo que permite perfeccionar el conocimiento del mundo humano a efectos de *perfeccionar y humanizar* aún más la *historia futura*.

El diálogo, por eso, no se refiere *sólo* al pasado, sino, gracias a la Historia, es un diálogo *permanente entre todos los seres humanos vivos y de todas las épocas entre sí*, cuya validación como conocimiento se mide, no tanto en relación a cánones epistemológicos, sino, sobre todo, en relación a la *construcción virtuosa del futuro*. Por algo, alguna vez, se dijo que la Historia es “maestra de la vida”. O, como apunta Martin Heidegger: la historicidad no es otra cosa que el “cuidado de la vida”.

Si *no* se tiene esa “comprensión viva” de los procesos históricos, no se entenderá nunca la historia de los ‘niños’. Ni la de sus ‘madres’. Ni lo que es el ‘corazón palpitante’ de la comunidad humana. Porque, para ‘comprender’ la *historia* de los niños y sus madres en el mediano y largo plazo, la ciencia positivista ayuda poco (o nada). Porque el *impulso* para hacer historia viva, no es tanto la “racionalidad absoluta” (como creía G.F. Hegel), sino la memoria vital de lo *inter-subjetivo*.

Por eso, la historia de los niños no encuentra su explicación, sólo, en su relación eventual con el Estado y con el Derecho que ampara al Estado, sino en su relación directa con sus padres, familia y vecinos; es decir: con la *comunidad viva* que lo cuida y lo protege. Donde él, niño/a, es el *centro* de atención, el *eje* en torno al cual gira, en su pureza, “el cuidado de la vida”. O sea: la *historicidad humana* en esencia original. Si la Historia es la *ciencia* del cuidado de la *vida humana*,

entonces los niños encarnan y viven, en su forma más pura, más esencial y más trascendente, la *historia humana*.

Quien aspire a investigar la historia a partir de su esencia humana, necesitará estudiar la historia de los niños y de sus madres mucho antes de que presuma entender, mediante métodos positivistas, la naturaleza '*objetiva*' de la Nación y el Estado. Pues la comunidad que cuida, en su centro, a los niños, debería ser la misma que cuida, a nivel de 'pueblos', la vida general, en su esencia pura.

En vista de sus reflexiones impresas en La Historia desde abajo y desde dentro y respecto a la presencia del weupife en la historicidad de la identidad mapuche como símil de la figura del historiador orgánico, ¿de qué manera el quehacer científico puede contribuir a “despertar a los weupifes del pueblo chileno”?

Los “weupifes” son los historiadores del pueblo mapuche, que no trabajan con archivos escritos, sino con la *memoria viva* y la *palabra viva* de su propio pueblo. Y no trabajan para construir una serie de datos objetivos, sino para hacer una '*recordación*' (memorizar desde el 'corazón') sistemática. La cual se realiza en presencia del pueblo. Y se canta, se dramatiza, se grita, se baila y se llora. Es decir: el weupife *re-vive* la historia, *con* su propio pueblo. No como razón pura, ni dato académico, sino como sentimiento compartido. Es decir: como *energía social* que necesita volcarse al futuro. Aquí la historia es claramente un *factor* de futuro, no una objetividad retrospectiva atrapada en el pasado. No mira, estática e inmóvil, a lo ya ido, sino como pretexto y disposición para *accionar* hacia el futuro. Aquí, la verdad no es objetividad inerte, sino “energía social”. Historicidad *proactiva*. Es la verdad, pero *en movimiento*. De algún modo, es parecido a lo que quiso hacer Tito Livio con su “Historia de Roma”: contribuir a la “grandeza” de Roma...

En nuestro país, la Historia de Chile efectivamente investigada y contada, ha estado acosada – como se dijo más arriba – por la 'objetividad' y la 'oficialidad', y por eso no ha actuado como *factor de futuro* para el pueblo-ciudadano chileno. Aun hoy, *se sigue* escribiendo Historia 'popular' narrando la historia 'objetiva' del Estado, de los gobiernos, de las elecciones y los partidos políticos. O sea: cuando el pueblo es, siempre, espectador, satélite, o víctima. Y se ha aceptado – sin 'chistar' – que se elimine la Historia del Tercer y Cuarto medios de la enseñanza pública... Por eso, el pueblo-ciudadano *no se reconoce* en la Historia de Chile, ni en la académica, ni en la oficial. Tampoco se reconoce en sus edificios, monumentos y estatuas. No le interesa, ni siente en sí mismo el '*fenómeno*' político-institucional, ni pasado, ni actual, y por eso mismo, cuando lo llaman a votar, vota con información *oblicua*, incluso, contra sí mismo. Preciso es decirlo: se ha dicho que Chile es un país de poetas e historiadores, pero lo cierto es que la 'cognición histórica' del pueblo-ciudadano sobre sí mismo, es, al día de hoy, *catastrófica*. El pueblo mapuche está mucho mejor 'informado' de su pasado que el llamado pueblo trabajador. Y esta diferencia, en las noticias del día a día, *se nota*...

¿Cómo despertar a los historiadores para que *sepan despertar* – con su propia historia – al pueblo-ciudadano chileno?

A esta altura, en Chile, sólo hay *un modo* realmente ‘productivo’ de hacerlo: procurando que las escuelas y colegios que trabajan *donde está* el pueblo-ciudadano real, se conviertan en *el polo cultural dinámico* de las ‘comunidades locales’. Que *investiguen* (con sus profesores, alumnos y apoderados) por sí y para sí mismas, “la historia local”. *Que se la cuenten entre todos*, por escrito, oralmente o en audiovisual, en grupos, en sus escuelas, en asambleas, en sus “ferias del libro”, en batucadas, en tocatas, en pasa-calles, en 50 o en cientos, o en miles de palabras. Deliberando juntos, cantando juntos, pintando juntos, bailando juntos. Como un proceso *orgánico, intestino*, de la vida misma de la comunidad local. Porque el pueblo-ciudadano no *vive* ni *hace* historia en el concepto abstracto de “Nación”, ni en el no menos abstracto de “Estado Nacional”, sino *donde está junto consigo mismo*, con sus niños, con sus vecinos, sus profesores, sus almaceneros y bolicheros. Es decir: donde constituye *comunidad*.

Entre otras razones porque la ‘soberanía popular’ no radica en la Nación o en el Estado (como proclaman los “constitucionalistas”), sino en la comunidad donde el pueblo *vive y se relaciona consigo mismo*. Así lo planteó Luis Emilio Recabarren. Porque esa soberanía no radica en una suma aleatoria de voluntades individuales – como pretende la ‘democracia electorera liberal’ – sino en una *voluntad colectiva*. Y ésta no se expresa a través de votos individuales secretos, sino en la *intercomunicación y deliberación dialéctica*, cara a cara, voz a voz, de los ciudadanos constituidos en *asamblea comunal*. Porque *la dialéctica* no es una ciencia escrita (de escritorio), ni abstracta (de filósofos), sino *oral, de diálogo colectivo*. Sólo en el pueblo inter-comunicado (Jürgen Habermas) y deliberando, puede surgir la *verdadera* dialéctica. La ciencia-madre del proceso histórico soberano.

La penosa situación del pueblo-ciudadano actual – que por novena vez en su historia ha sido *excluido* del proceso constituyente por sus propios ‘representantes’ – exige, sin lugar a dudas, una revolución en la *praxis* de la Historiografía, y una revolución *histórico-pedagógica* paralela. Los historiadores necesitan – no por una necesidad hermenéutica sino por una necesidad vital del pueblo como conjunto – liberarse en buena medida de las camisas de fuerza del *objetivismo puro* y el *oficialismo amenazador*. Pues están siendo *llamados*, hoy, a trabajar junto al pueblo-ciudadano, para construir, con él, la historia real que ese pueblo necesita hoy más que nunca. Y que no es otra que la del pueblo *en la localidad donde vive, trabaja y donde puede* deliberar *consigo mismo*. Como quería Luis Emilio Recabarren. Para aprender a *auto-representarse* históricamente, en toda circunstancia.

Y ese proceso sólo puede ocurrir y desenvolverse, hoy, teniendo como eje dinámico a los *colegios primarios y secundarios* que, por miles y miles, están insertos orgánicamente en las comunas. Y donde trabajan miles de profesoras/es de *Historia*. Y también de Lenguaje, Filosofía,

Artes, Educación Cívica, etc. Además de los profesionales de los Municipios respectivos que trabajan también insertos en la comunidad. En las comunas hay todavía, latente, un enorme *capital vocacional y social-educativo*. Es allí donde se debe deliberar, acordar y ejecutar la *reforma de todos los currículos y programas de estudios*, en el sentido de que – como lo planteó en 1924 la Asociación General de Profesoras/es, y la Federación Obrera de Chile – la *comunidad se auto-eduque*. Desechando decididamente, desde abajo, los modelos educativos ‘importados’ (hoy, de Finlandia). Las *comunidades pedagógicas* deben investigar, contarse y deliberar su propia historia, su realidad local, su *soberanía* sobre los recursos locales (como Calama respecto al cobre, o Curanilahue respecto al carbón, o Maullín en relación a sus ríos, etc.),

Porque ésa ha sido y es la *verdadera historia educativa* del pueblo-ciudadano. La que defendieron Luis Emilio Recabarren, Gabriel Mistral, la Federación Obrera de Chile, las profesoras de la Asociación General de Profesoras/es, las de las Escuelas Consolidadas, el proyecto central de la ENU (Salvador Allende), el Movimiento de Educación Popular y las ONGs del período 1980-2008. Y también Paulo Freire, entre otros.

Y es alentador, en este sentido, que muchas *comunidades locales* están hallando – hoy mismo – el camino para su auto-representación cultural. A través de sus *Ferias del Libro*, sus tocatas y batucadas locales, la investigación de la historia local por coordinadoras de colegios (San Bernardo), etc. Expresándose a sí mismas y avanzando hacia la soberanía educativa, cultural y política. Este fenómeno – nuevo – ha sido observado y es observable en comunas o pueblos como Lirquén, San Bernardo, Conchalí, Villa O’Higgins, Ovalle, Huechuraba, Putaendo, etc. Y hay provincias completas (Antofagasta) donde se barajan planes y fondos para avanzar en ese sentido...

Las universidades chilenas, que han sido – todas – *remodeladas* por las políticas neoliberales, hacia dentro y hacia afuera (internacionalización y globalización), *ya no representan ni las necesidades culturales ni el movimiento cultural real* de los “pueblos” chilenos, ni de sus jóvenes, ni de sus comunidades de origen.

Los *weupifes* ‘chilenos’, pueden, pues, entrar en acción

Al señalarles a los/as estudiantes y académico/as de la Universidad de Concepción “La Historia es la madre de todas las Ciencias Sociales”, ¿Por qué cree usted que la Historia es imprescindible en la epistemología de las demás Ciencias Sociales?, ¿Cómo ha aportado (y aporta) la Historia a la labor científica de otras Ciencias Sociales?

Lo dinámico atraviesa en perpendicular lo estático. El movimiento desarticula las fuerzas centrípetas de la gravedad. La historia desgasta y renueva el Derecho. La renovación le *da sentido* a la identidad. La historia cambia y supera la realidad ‘presente’.

Pensar lo ‘estático’ a partir de las *esencias puras* ha sido la tarea de la Filosofía Clásica. Describir el ‘movimiento’ a partir de la *sucesión de hechos puntuales* ha sido la tarea de la Historia

Tradicional. Explicar la sociedad a partir de sus *relaciones y funciones estructurales* ha sido la tarea de la Sociología Clásica. *Sentir y expresar humanamente* lo estático y lo dinámico ha sido la preocupación de las Artes.

Pero ¿cuál es la ciencia humana que supera la ‘inestabilidad’ de lo estático y la ‘ineficiencia’ de lo dinámico en cuanto a realizar o alcanzar *la integración y plenitud* de la vida humana? ¿O sea: cuál es la ciencia de su *poder* histórico? ¿Es, acaso, la *Política*?

La Política *debió ser* la ciencia democrática del *movimiento histórico* de la sociedad humana, pero, en los hechos reales, desde hace siglos, se ha convertido en la ‘disputa’ y el ‘arte’ de gobernar los pueblos en base al *Derecho*. Y ese arte y esa disputa han terminado por generar una “oligarquía política” que ha *triunfado* en la ‘disputa’ y *monopolizado* el ‘arte’ (Robert Michels). De donde se ha derivado el hecho de que la eventual ciencia política (que *debió ser la dialéctica viva* de los pueblos) dejó de ser ‘ciencia’ para ser, sólo, *poder oligárquico*.

Ante esa situación, el desafío ha recaído sobre las otras ciencias humanas: la Historia y la Sociología, principalmente. Que, ante ese ‘hecho’, por razones de *ética y responsabilidad social*, no pueden darse el lujo, ya, de ser ciencias puramente teóricas y académicas (Paul Baran). Y por tanto, la Historia, que es por esencia la ciencia del ‘movimiento’, no puede quedarse estática, mirando el pasado, y la Sociología, que es la ciencia de los ‘conceptos sociales’, no puede eternizarse en la estática sistémica (Talcott Parsons). Por tanto, ambas, si se tornan *responsables* de las necesidades ‘científicas’ de los pueblos modernos respecto al *control social* del destino de la especie humana, necesitan asumir, como categoría central, *el movimiento*. Y en razón de esa ‘responsabilidad’ surgió la Historia Social (E.P. Thompson), la “Imaginación Sociológica” (Wright Mills), la sociología de las Redes y Movimientos Sociales (Alberto Melucci). Y en América Latina se intentó fundir, por la misma razón, el enfoque sociológico con el histórico, sobre todo ante el dilema que enfrentaba América Latina: *¿reforma o revolución?, ¿partidos políticos o movimiento social?* (Ernesto Laclau, José Nun, Enzo Faletto, Centro de Estudios Sociales de la Universidad de Chile, Departamento de Historia Económico-Social del Instituto de Historia de la Universidad Católica, etc.) ... La irrupción de las dictaduras latinoamericanas de los años 70s interrumpió ese intento--.

Fue en ese contexto que se discutió el rol de la Historia en relación a las Ciencias Sociales, y en particular, respecto a la Sociología. Era necesario explicar las dimensiones ‘nuevas’ que traía el *movimiento emergente del “poder popular”*, por ejemplo. Fue entonces cuando los mismos sociólogos se dieron cuenta de que sus viejos conceptos ‘sistémicos’ no permitían explicar esos movimientos (como el de los negros respecto a los “derechos civiles”, en Estados Unidos), salvo como “patología social” (T. Parsons, R. Merton). Fue entonces cuando se descubrió que sólo la Historia podía explicar eso – como “madre de las Ciencias Sociales” – pero a condición que ‘aprendiera’ a trabajar con ‘conceptos dinámicos’ (Vania Bambirra, en conferencia ofrecida en el Pedagógico de la Universidad de Chile). Eso acercó la Sociología a la Historia (Tomás Moulian,

Enzo Faletto, M.A. Garretón). Un acercamiento que no se ha reanudado después. Y ha sido por eso mismo, una ilusión olvidada...

Sin duda, la necesidad que haya una fusión entre la Historia y la Sociología en relación a la necesidad social de ‘conocimiento dinámico’ definida más arriba, es, sin lugar a dudas, un *imperativo académico-social* que sigue vigente. Cabría decir que los historiadores han sido reacios a incorporar métodos y conceptos sociológicos para pavimentar su camino desde la historia pasada a la presente. Durante los años ‘60s, el Centro de Estudios Sociales (CESO) de la U. de Chile integró en su equipo a los historiadores Mario Góngora y Gonzalo Izquierdo, y se fundó en la U. Católica el mencionado Departamento de Historia Económico-Social. Los resultados fueron que los historiadores invitados al CESO no cambiaron un ápice, ni su heurística ni su hermenéutica ‘positivistas’ (o sea: describir hasta el cansancio ‘hechos particulares’), por lo que su contrato no continuó, mientras que el Departamento de Historia Económico-Social de la Universidad Católica fue suprimido por el rector pinochetista que asumió en 1973...

El hecho de que en Chile *no se continuara* por esa ruta de colaboración académica, no significa que la *responsabilidad social de la ciencia* – que exige el ‘movimiento histórico’ real – haya desaparecido. Al contrario, se ha agudizado en el siglo XXI, a tal nivel, que ya no es ‘invitación’, sino *imperativo*.

Según lo señalado en su libro Movimientos sociales en Chile: trayectoria histórica y proyección política, “La verdad de la historia no está en la oscuridad de las megaestructuras, sino en la particularidad y simplicidad luminosa de la vida. Que es la que nutre, llena, inunda y embarga toda la historia del sujeto social”, ¿cómo el pensamiento crítico ha contribuido al hallazgo de la realidad por los sujetos sociales?, ¿cuál ha sido el aporte de los movimientos, actores y sujetos sociales al devenir de la historia de nuestro país?

La construcción de ‘naciones’ e ‘imperios’ – que normalmente han llegado a ser lo que son en base al uso de la violencia armada y dosis regulares de tiranía – exige que, en su afán de perdurar como sistemas hegemónicos, *necesitan* revestirse de un discurso apologético, mitológico y oficial, para “*legitimarse tardíamente*” (Jürgen Habermas). La necesidad de “*legitimación tardía*” ha sido una necesidad permanente del sistema político chileno derivado de la Constitución (ilegítima) de 1833. Tal necesidad *sólo* puede realizarse apoyándose en el *prestigio* de la ciencia, la filosofía, la religión y, aun, del arte ‘majestuoso’. Así, la Religión legitimó regímenes como el faraónico o el de los reyes absolutos. La Historia y el Arte, el Imperio Romano. El ‘arte’ de la Guerra, el Imperio de Napoleón. La Política, el de la Unión Soviética. La Historia y el Derecho, el Estado chileno tradicional. La Sociología, el Estado norteamericano en tiempo de guerra fría o caliente.

Los *pueblos* dominados bajo las ‘naciones’ y los ‘imperios’ necesitan, a su vez, y por múltiples razones ‘humanas’, *hacer valer*, tanto en su vida diaria como en su memoria histórica, su

existencia real: su identidad cultural, su memoria propia, sus proyectos y su ensombrecida soberanía. Eso explica sus diversos ‘movimientos’ dentro y contra el sistema político que lo aprisiona. En Chile, la *resistencia* (armada) de los pueblos del sur (Concepción, La Frontera), del norte (Coquimbo, Atacama) y aun del centro (San Felipe, Talca) contra el Estado ‘Nacional’ construido por Santiago, se prolongó desde 1823 hasta 1882, e incluso hasta 1891. Todos esos ‘*movimientos sociales*’ generaron una literatura “crítica” que se alojó, principalmente, en los periódicos locales y en la Historia “pipiolo” (que se publicó, fragmentada, hacia 1864). Ante eso, el sistema oligárquico incentivó la construcción de una poderosa *apologética historiográfica y constitucionalista*, que se consolidó en la primera parte del siglo XX (Barros Arana, Sotomayor Valdés, Encina, Edwards, Eyzaguirre, etc.), cuyo protagonista concreto fue el *Gobierno y el Parlamento* (o sea, el Estado ‘nacional’).

Los movimientos sociales que *reaccionaron* contra ese sistema (el mancomunal-constituyente de Luis Emilio Recabarren y el sindical-parlamentarista de los partidos parlamentarios de Izquierda) no generaron un pensamiento crítico *de movimiento social* en sí, sino una *ideología parlamentarista*, con tendencia a generar una historiografía popular también apologética (“masas obreras”) que funcionó como *antítesis* de la apologética oligárquica. Como no fue suficiente para explicar la *complejidad de la movilización popular espontánea* (sobre todo, la del movimiento de pobladores, de la juventud y de las mujeres), los sociólogos chilenos y latinoamericanos construyeron una *teoría estructuralista* del desarrollo, la dependencia y la revolución (Faletto-Cardoso, A. G. Frank, T. dos Santos, Mauro Marini, V. Bamberira, S. Ramos, etc.). La misma que, por ser neo-marxista y economicista, fue masivamente adoptada por los partidos de Centro y de Izquierda, lo que dejó a la historiografía ‘heroica’ (H. Ramírez, L. Vitale, M. Segall, etc.) en un segundo plano... Y como se sabe, las teorías ‘estructuralistas’ fueron fuertemente criticadas desde el extranjero, y despanzurradas luego por la intervención militar de 1973 y la irrupción avasalladora de Milton Friedman y sus Chicago Boyes (con acompañamiento de los sociólogos discípulos de Alain Touraine). El pensamiento crítico del período 1931-1973 fue, de ese modo, borrado del firmamento ‘crítico’.

Pero, si ese pensamiento crítico fue derrotado por las armas, por los hechos y las nuevas ‘teorías’, los movimientos sociales *espontáneos* de los pueblos, *no*. Al contrario, despertaron con fuerza desde 1983 contra la tiranía militar, a la que derrotaron *políticamente* hacia 1987 (no militarmente). Pero ese movimiento poderoso (“poder popular”) pese a su triunfo político, *no traía, en su mochila, ningún pensamiento crítico, ni ninguna ciencia amiga que lo orientara histórica y políticamente* en función de sus necesidades revolucionarias. El neoliberalismo, en Chile, se instaló en la década de 1990 sin hallar *oposición intelectual*.

Sólo las ONGs y la Educación Popular, durante los ‘80s y los tempranos ‘90s, vinieron en auxilio del movimiento contestatario popular, a efectos de restañar el “tejido social” acuchillado por la tiranía militar. Y se hizo evidente que la *memoria* del movimiento social del período (1972-1986)

estaba viva, *trans-generacionalmente*, de modo que en esas ONGs se comenzó a trabajar *la teoría, la auto-educación, la acción y el proyecto futuro del movimiento social popular*, que había quedado en suspenso – y atónito – con la llamada “transición a la democracia”. Fue allí donde la Historia Social se *reencuentra con el movimiento social vivo*, y donde se pudo reencender la vida del pensamiento crítico, esta vez *dentro* de los emergentes cabildos populares, y abrir camino al desarrollo del *poder constituyente* de los pueblos de Chile.

Desde la historiografía, las reflexiones en torno al Estado han sido una constante durante las últimas décadas. Desde miradas clásicas como la de Mario Góngora en su Ensayo (1986), hasta la que usted ha planteado en La construcción de Estado en Chile (2006). Más allá de ver al Estado como una entelequia, usted ha puesto los énfasis en la noción de construcción, donde principalmente interactúan las élites y la sociedad civil. En relación con este último actor social ¿qué características le atribuye a los movimientos sociales y su relación con el Estado en la actualidad? ¿Cómo los diagnósticos en retrospectiva que realizan los historiadores pueden incidir en el debate público? En definitiva ¿Cómo repensar el Estado?

La Historia muestra que los Estados contruidos ‘ilegítimamente’ (es el caso categórico del Estado chileno) tienden a ser definidos y conceptualizados, por sus fundadores, como entidades *estáticas, unívocas e indivisibles* (revisar el capítulo inicial sobre los ‘fundamentos teóricos’ en las constituciones políticas chilenas de 1833 en adelante). La tendencia es a asumir la ‘Nación’ y el ‘Estado’ como ideas platónicas: totales, perfectas, e inmóviles. Por eso la oligarquía política insiste apasionadamente en afirmar y mantener, en esa esfera, la ‘*unidad*’ de la Nación, rechazando al mismo tiempo su eventual ‘*heterogeneidad*’, lo mismo que la eventual “*re-fundación*” de ‘su’ Estado. Los medios de comunicación dejaron eso patentemente claro durante el proceso de la última Convención Constitucional (2022).

Esa misma tendencia convierte al Derecho Constitucional, no en una ‘ciencia de la ley’ sino en una conjura de ‘*doctores, o intérpretes de la Ley*’, suerte de sacerdotes cuidadores y conservadores de un Decálogo rígido, estático, al que sólo cabe memorizar, obedecer y defender. Y, por eso mismo, las leyes se convierten en un *poder conservador lucrativo*, que favorece la aparición, desarrollo y permanencia de un *mercado de intereses cautivos* que transforma a los representantes del pueblo-ciudadano (todos, uno tras otro) en *oligarquía, o “clase política”* (G.Mosca, R. Michels, P.Bourdieu, etc.).

Esos ‘intereses’ y esa ‘oligarquía’ – que profitan sobre la ilegitimidad de origen de la Constitución – se ven constantemente amenazados por la crítica y la *acción contestataria* de la sociedad civil afectada. Por eso, y dado que consideran la Constitución como una verdad *intocable*, promulgan leyes de protección (“Defensa de la Democracia”), y obligan al Ejército, constitucionalmente, a *obedecer mecánicamente a la Ley y a no deliberar jamás...* Así se blinda el Estado, se protege la idea platónica que lo justifica, se excluye a la ciudadanía de su eventual

revisión o refundación, y se deja a la Historia ‘social’ (ciencia del ‘movimiento’) en la zona prohibida de la *herejía política*...

El problema del Derecho, la Sociología, la Ciencia Política y la mayor parte de las ideologías, es que han tendido a definir, teóricamente, el Estado como una *entidad ‘en sí’*. Es decir, como un fenómeno contingente *cosificado, objetivado*, y convertido en una ‘res’ de naturaleza más metafísica que terrenal. De ahí la tendencia a llamarlo “el” Estado. Es decir: como algo que pre-existe a la sociedad humana, y la trascendiera en el tiempo. Como si se auto-reprodujera... Tal tendencia, sin duda, proviene de la época en que las monarquías absolutas y los grandes imperios dominaban las relaciones políticas en el mundo. Cuando la ‘soberanía’ provenía, para esas ‘super-estructuras’, del Dios monoteísta cristiano.

Las revoluciones ‘ciudadanas’ (las liberal-individualistas y las ‘comuneras’), basadas en el principio opuesto de la *‘soberanía popular’*, mostraron que el Estado no es una entelequia, sino una *construcción social*. Y en esa dirección se mueven los movimientos sociales de hoy. Cuyo origen y destino no son intemporales, sino todo lo contrario. Las “refundaciones” del Estado, por donde se las mire, constituyen, de punta a cabo, un *proceso histórico-social*. Por lo que la ‘historicidad’ (movimiento) está por encima y trasciende el Derecho, el Estado, y todo el aparataje defensivo de los Estados ‘ilegítimos’. Y por cierto, también, a las ideologías ‘platónicas’.

La ciencia histórica debe ser, siempre, *fiel* al principio dinámico de la historicidad

En la Historia de la acumulación capitalista en Chile (2003) se planteó que la historia económica que se ha construido en el país se ha caracterizado por estudiar las crisis, considerando poco el sistema de acumulación. Sobre esto último y considerando que la noción de crisis ha sido una constante para la sociedad civil, ¿cómo se proyecta el liderazgo del capitalismo nacional en un contexto de incertidumbre y de los cambios constitucionales que se proyectan en la actualidad? ¿Será que estamos viviendo una etapa de transformación que se pueda proyectar hacia los próximos 30 años o más bien es una nueva versión del gatopardismo, donde se cambie todo, para que todo siga igual?

En Chile, tanto la oligarquía económica dominante como los grupos políticos contestatarios han coincidido – curiosamente – en un plano estratégico: en sostener que la naturaleza del sistema económico dominante en Chile es *el capitalismo en sí*. El mismo que caracteriza a las grandes potencias... Por tanto, se le ha defendido *como tal* (“democracia liberal”) y se le ha atacado *como tal* (“sistema de explotación”). Al menos, nítidamente, durante el período clásico de la “lucha de clases”: entre 1936 y 1973.

Tratar al capitalismo como un ‘sistema en sí’ es tanto o más peligroso que tratar a la Nación y el Estado ‘nacional’ como realidades ‘en sí’. El juego de convertir en *esencias* platónicas las formas cambiantes de la historia es un juego política y tácticamente peligroso. Puede llevar, por ejemplo, a ‘fanatismos’ históricamente *ineficientes*... Y esto lo revela el hecho de que ni la

burguesía chilena ha podido desarrollar realmente el país, ni el movimiento político de los explotados ha logrado derribar la hegemonía burguesa. Y estamos hablando de 200 años de historia...

Ni el capitalismo, ni el imperialismo, ni la burguesía, ni el pueblo explotado son *esencias platónicas*, sino actores y movimientos *históricos*, dotados, pues, de la complejidad, diversidad y transformación de *todo* proceso social humano. Recuérdese que el capitalismo nació en el siglo XIII bajo la forma hegemónica de “capital comercial”, que en el siglo XVIII la hegemonía la tomó el “capital industrial” y, a fines del siglo XX, el “capital financiero”. Donde cada forma hegemónica impuso formas distintas de explotación y, sobre todo, formas distintas de *acumulación*. Es cierto que, en todas sus formas hegemónicas, el capitalismo ‘explota’, pero el resorte estratégico de su dominación, caso a caso, ha sido siempre el *tipo de acumulación*. Para los estudiosos del siglo XIX (entre ellos Karl Marx) y también para los del siglo XXI, el poder *real* del capitalismo está en sus tipos y ciclos de *acumulación*. Por eso Marx distinguió entre el capitalismo “revolucionario” o *desarrollista* (el industrial), y el “no-revolucionario” o *no-desarrollista* (el mercantil-financiero). Y por eso, las relaciones internas entre esos tres tipos de capitalismo pueden ser múltiples, lo mismo que sus contradicciones intrínsecas y el tipo de conflicto que generan. Y también el tipo de Estado... (No se desarrollarán a fondo, en esta entrevista, estos problemas).

Baste con decir, sólo, que Chile no es hijo ‘colonial’ del capital *industrial* (posterior al siglo XVIII) como EEUU, sino hijo ‘colonial’ del capital *mercantil o comercial* (desde el siglo XVI). Por eso la oligarquía chilena ha sido, siempre, mercantil y especuladora, no industrial. Y el capitalismo mercantil genera siempre *acumulación de dinero*, no *acumulación (desarrollo) de las fuerzas productivas*. Y por eso mismo genera grandes *masas marginales*, sub-empleadas, no grandes masas de *obreros industriales*. La composición actual de la ‘clase popular’ de Chile-hoy revela esto de un modo *patéticamente claro*.

Por eso, la ciencia económica neoliberal dominante hoy en las Escuelas de Economía chilenas ya no es la Economía Política de los años ‘50s y ‘60s del siglo pasado, sino, sólo, la *Ingeniería Comercial*, que estudia, casi en exclusiva, los *ciclos económicos de corto plazo* que trazan las transacciones *comerciales y financieras*, no las variaciones de *la producción*... Por eso, el concepto de *crisis*, después de 1982, carece ya de contenidos sociales y políticos, pues, intrínsecamente, es hoy un concepto enfocado, sólo, a las variaciones negativas de las *Bolsas de Comercio* del mundo, y a su impacto en el valor de cambio de la moneda nacional (ver la crisis mundial sub-prime del 2008-2009, y la crisis económica de Argentina en la actualidad).

La crisis que afecta a Chile desde 2006 es, pues, triple: a) *económica*, en tanto es una crisis típica de un *capitalismo comercial* llevado al extremo (“neo-liberal”), que ha generado una enorme insuficiencia de la producción manufacturera local y una enorme dependencia de la importación de toda clase de productos; b) *social*, en tanto la oferta laboral dominante es, por un lado, *pre-industrial* (empleos primarios, bajos salarios, dictadura contractual de la empresa),

y por otro, *sin sentido de futuro* (no se basa en la vocación, en la permanencia, ni en la carrera laboral personal), lo que redundaba en una explotación 'indirecta' (sin patrones permanentes), con fortísimo impacto en la *salud mental* de las familias trabajadoras y, c) *política*, en tanto el Estado impuesto en 1980, no sólo es ilegítimo, sino extremadamente neoliberal y sin contenido *social ni proyección de futuro* para la población.

La crisis de Chile (la de siempre) no es una crisis puramente neoliberal, ni siquiera una crisis típica de un país industrial. Es, todavía, una crisis 'colonial'...

Se comprende que, en Chile, no se trata de hacer una revolución desde una poderosa 'clase trabajadora' para expropiar a una poderosa 'burguesía capitalista', para *expropiar* sus capitales y redestinarlos al desarrollo social. La tarea no gira, sólo, en torno a la *propiedad privada* de los medios de producción, pues se trata de *construir un Estado* que, no sólo retome el desarrollo de la producción como eje general de la economía, sino también que sea el instrumento del poder 'soberano' de la población, para utilizarlo como la herramienta propia de su tan esperada *integración y desarrollo* como 'pueblo' (no como 'nación').

La previsión social y la crítica al actual modelo de capitalización individual ha sido sometido a la crítica de la opinión pública y de la ciudadanía durante los últimos años. Sin embargo, el debate público pareciera ser ahistórico, ya que considera sólo las transformaciones realizadas desde la década de 1980 en adelante. Desde nuestra misión social como historiadores ¿qué elementos de análisis sugiere para pensar una historia de la previsión social en Chile? ¿Será necesario pensar dicha historia más allá del Estado, considerando las experiencias asociativas de larga duración? ¿Qué papel juegan los fondos de comunidad en esa mirada larga de la previsión social?

Los "fondos de comunidad" tienen una muy antigua data y una historia triste y perdedora. Originalmente no eran sino el '*patrimonio*' de los pueblos libres que tenían "fuero propio" (territorio, comunidad y 'derecho' *propios*). La administración libre y propia de ese patrimonio fue lo que se llamó, en el siglo XVIII, '*soberanía popular*', en oposición a la '*soberanía divina*' de los reyes' (*Siete Partidas* y *Novísima Recopilación de Leyes de España*). Los reyes absolutos, al extender su dominio territorial, fueron desconociendo los *fueros comunales*, e impusieron sobre los 'pueblos' funcionarios 'del Rey' ("corregidores"). Finalmente, se apropiaron de los *cargos concejiles* de esos "pueblos" (regidores de Cabildo, alféreces y alguaciles) vendiéndolos abusivamente al mejor postor, para engrosar el Tesoro Real. De ese modo el patrimonio local (tierras, cargos y tributos locales) pasaron, o bien a manos de la emergente *burguesía mercantil* (por compra), o a manos de funcionarios 'fiscales', al transformar los cabildos y ayuntamientos en *Municipios centralizados*.

En el "*derecho comunero*" (y en la memoria de los 'pueblos') quedó, sin embargo, el recuerdo y el concepto del "*fondo comunitario*". Por eso, en el concepto comunero de 'trabajo asalariado' el patrón *debía pagar* 'el' salario de dos formas: a) una parte para el *trabajador individual*, para

la mantención de él y su familia y, b) otra parte para *la comunidad* (pueblo) a la que pertenecía el trabajador, para su bienestar colectivo. En ese tiempo, la ‘comunidad’ era parte esencial de la identidad individual...

En razón de esa ‘tradición’, en 1825, cuando la comunidad de “lancheros y jornaleros” de Valparaíso se rebeló contra la autoridad de Santiago, se llegó un acuerdo, por el cual a los trabajadores portuarios se les pagaría una ‘tarifa’ para el ‘individuo’, y otra para su “fondo de comunidad”, que era un fondo “*previsional*” para el bienestar de la comunidad ‘gremial’. Por eso, los portuarios dispusieron de un “fondo” que se fue engrosando, a tal punto (por 1830 y 1840), que se convirtió en un verdadero “mercado de capitales”, codiciado tanto por los mercaderes como por las autoridades municipales...

Cuando, después de 1850 se generalizó la asociación *mutual* de los artesanos afectados por la política librecambista de la oligarquía mercantil, el objetivo central de su actividad – por medio siglo – fue que los trabajadores aprendieran a *administrar con eficiencia, por sí mismos*, ese fondo. Tras medio siglo o más, los hechos muestran que los trabajadores de ese tiempo *aprendieron a administrar, y bastante*: construyeron sedes (“casas del pueblo”) con sala para conferencias y “veladas” festivas, salas de clases, bibliotecas, piezas para la instalación de imprentas, etc. L.E. Recabarren se basó en esa “capacidad” administrativa para concluir que la política popular debería centrarse en el *desarrollo de la “inteligencia del pueblo”*. Pues, si sabían administrar “lo propio” con eficiencia, sabrían administrar también los “fondos comunales” (del Municipio). Y a mediano plazo, los del Estado nacional. De ahí la importancia que le dio a las “mancomunales” y a su propuesta de desarrollo *local* de la soberanía popular...

Medio siglo después, los sociólogos norteamericanos descubrieron que el “movimiento por los derechos civiles” de los negros no era una simple “patología social” que debían reprimir, sino un *movimiento social que autoadministraba su propio “fondo de comunidad”* (que no era sólo recursos monetarios y administrativos, sino también un elevado *desarrollo cultural, inteligencia teórica y política, solidaridad interna, convicciones*, etc.). Desde entonces, esos sociólogos entendieron que ‘*el poder*’ no era sólo el monopolio del dinero, las leyes y las armas, sino, sobre todo, la *capacidad social para administrar con eficiencia todos los recursos sociales*... Se sabe que el “movimiento por los derechos civiles” triunfó como “derecho”, estableciendo un paradigma global de “derechos humanos”.

El Banco Mundial, desde 1982, aproximadamente, utilizó ese mismo concepto sociológico para establecer y aplicar la versión *neoliberal* de “desarrollo social”: que los fondos públicos se *asocian* con el “capital social” (recursos personales) de cada individuo pobre, para que éste, *por sí solo, individualmente, salga de la pobreza*, a través de pequeños proyectos de desarrollo (“*small projects*”). Es la política que aplicó el FOSIS en Chile y, particularmente, la UDI y el neoliberalismo. Como también la Concertación.

En todo ese trayecto, el concepto de “fondo de comunidad” fue *desechado* por la política ‘reformista’ de los partidos de Izquierda en Chile (“es economicista y pre-político”). El resultado fue que los fondos de comunidad de todas las sociedades mutuales de Chile fue *estatizado* en 1924, y administrado por un consorcio entre el Estado y los bancos privados, desde entonces hasta 1973... Con el advenimiento del neoliberalismo, esos fondos fueron además *privatizados*, y están hoy en manos de las AFPs y las ISAPRES, con enorme participación de capitales extranjeros. Es el principal “mercado de capitales” de Chile (sobre 300 mil millones de dólares), que siendo ‘comunitarios’ (propiedad de los trabajadores) están siendo monopolizados por ‘administradores’ privados...

Por tanto, desde 1924, los trabajadores dejaron de administrar *sus* fondos de comunidad y, por tanto, dejaron también de desarrollar el *poder social, económico y político* que ese ‘manejo’ genera en sus administradores. Y por eso las “mutuales” fueron desplazadas por los “partidos”. Gentilmente, los representantes políticos ‘del’ pueblo aceptaron que, desde 1924, ese poder se entregara a la oligarquía, y no al pueblo que lo generó con su trabajo. Y por la misma razón, desautorizaron el pensamiento político de Recabarren y de Clotario Blest, y hoy, también, han aceptado administrar por sí mismos (de la mano con la oligarquía tradicional) no sólo el “fondo de comunidad”, sino también la “*soberanía popular*”, a través de un proceso constituyente que *excluye* todas las capacidades del pueblo chileno...

Es la triste historia del “fondo de comunidades” en Chile. Las conclusiones son obvias.

Durante el presente año, usted ha publicado un libro que proyecta como su testamento político - “La gran Alameda de la soberanía popular (2023)”-, donde realiza una férrea crítica al sistema de partidos, planteando que la clase política al no tener un mandato soberano, actúa bajo sus propios intereses. En ese sentido, se revaloriza el asambleísmo de los pueblos como alternativa a la democracia liberal. En términos prácticos ¿Qué caminos deberían seguir los movimientos sociales para que las transformaciones puedan tener caminos efectivos de realización? Por otro lado, ¿Hasta qué punto son posibles dichas transformaciones, cuando existe una clase política que ha patrimonializado al Estado?

Se sabe que la soberanía no es una voluntad *individual*, sino una voluntad *colectiva*. No se debe confundir, por tanto, la “libertad individual” con la *soberanía popular*.

El ser humano es un ser intrínsecamente *social*, han dicho todos los filósofos. Por eso, la especie humana es un conjunto de ‘comunidades’ con un destino (natural) *común*. Pero si se enfatiza el individualismo al límite, la comunidad humana se *pulveriza*. Si se enfatiza el sistema liberal de partidos políticos (como en Chile), la comunidad nacional se *parcela y divide* entre (de diez a treinta) ideologías, fracciones y partidos distintos. Y eso lleva a una guerrilla electoral perpetua. En Chile, que ha tenido un sistema liberal de partidos y un Estado ilegítimo desde 1833, no se ha logrado nunca *concordar un plan de desarrollo común* para el país. Así, se ha

mantenido un régimen económico librecambista (no desarrollista) hasta el día de hoy. Por la misma razón, Chile acumula *diez intentos fracasados* en dictar una constitución política que integre, unifique y desarrolle el país. Y hoy divaga en un *undécimo intento*, que está a medio camino...

El tema de la *unidad real* del país (no su unidad metafísica en la Nación ‘constitucional’) es, por tanto, un problema no resuelto. La organización en una pluralidad de ‘partidos’ – que compiten entre sí – no ha resuelto ese problema en Chile. Los países que lograron una *integración suficiente* han sido aquellos que, por el contrario, encontraron una fórmula de desarrollo productivo e industrial en base a un *acuerdo unionista*. En el caso de Inglaterra, esa unidad se logró cuando la burguesía mercantil *se asoció estratégicamente* con la burguesía industrial emergente, para exportar sus manufacturas al mercado mundial. En el caso de Japón, Alemania, Italia o la Unión Soviética, el desarrollo se logró porque el Estado se jugó autoritariamente por un programa *nacionalista*, de unión ‘política’ para alcanzar el desarrollo ‘económico-social’. En Chile, en cambio, la burguesía mercantil dominante *reprimió salvajemente* al emergente ‘artesano manufacturero’ en el siglo XIX, y en los siglos XX y XXI *se ha jugado* (también salvajemente) para asegurar un régimen librecambista y no-desarrollista. Pero jura, por razones puramente políticas, que Chile es una nación “unida e indivisible”.

Después de dos siglos, es natural que el pueblo chileno *se una espontáneamente en las calles* para rechazar un régimen político absurdo, y celebrar ‘en carnaval’ ese *momento único, espiritual, de unidad...* Es la esencia del ‘octubrismo’ y de los repetidos “estallidos sociales” chilenos. Pero la unión del pueblo-ciudadano como “masa en la calle” *apunta* hacia una meta, pero, allí en la calle, no resuelva nada, ni ‘es’ la meta. La unión de ‘masas’ no es suficiente unión para un país como Chile, que necesita resolver un problema multi-secular de desintegración. Se requiere que el pueblo *se una por identidad y deliberativamente*, no sólo ‘contestatariamente’. Y esa unión por identidad y deliberación sólo puede darse donde el pueblo *convive consigo mismo*. Y eso existe, sólo, en la *comunidad vecinal*, pues allí están las madres, sus hijos, sus amigos, sus colegios, sus profesores, los trabajadores, la casa, la esquina, el pasaje, la iglesia, el club, las cantinas... La comunidad local fue, en Europa, la base de las ‘polis’, la base de los ‘pueblos libres’ con fuero propio, el lugar de los ayuntamientos, cabildos, municipios, concilios y “consejos”... Es la *matriz*, del ‘socialismo’ y el ‘comunismo’ en su forma natural, *viva* (no en la ideología de un partido).

En Chile, la era de los “cabildos” fue la era de la *soberanía popular activa*. Fue la memoria de esa soberanía la que combatió con armas en la calle, para restaurarla, a todo lo largo del siglo XIX. Fue la base del pensamiento revolucionario de L.E. Recabarren, de la filosofía educativa de Gabriela Mistral, de la política gremial de Clotario Blest, etc. Y es lo que inspiró el surgimiento espontáneo de ‘cabildos locales’ cuando Michelle Bachelet anunció al país que se abría un ‘proceso constituyente’. Fue también una idea *central* de la Convención Constituyente pasada,

que anotó, como regla constitucional, que debían existir “asambleas comunales”, “asambleas regionales” y una “Cámara de las Regiones”, donde ese vínculo matriz operaría con decisiones “vinculantes” ...

El problema es que, desde 1830 (Portales, Prieto, Montt) las asambleas locales (Cabildos) y regionales (Asambleas Provinciales) fueron *abolidas*... Las ‘comunidades locales’, por tanto, no han tenido después, nunca más, *presencia vinculante* en el Estado. A cambio, se impuso la democracia *electoralista*, el voto individual secreto, y redujeron la soberanía deliberante a sumas aritméticas de votos individuales para *otros* individuos. Pulverizando, por esa vía, la soberanía popular.

Al día de hoy, cuando desde hace *nueve años* la ciudadanía está *rechazando* a la clase política (liberal) en un porcentaje superior al 90 % (mayo 2023: 99 %), el pueblo chileno se está obligando a sí mismo a “*auto-representarse*”. Y, como es lógico, no puede hacerlo individuo por individuo, sino, sólo, a través de *asambleas comunales*.

De hecho, en muchas comunas está surgiendo, año 2023, movimientos espontáneos de la *ciudadanía vecinal* tendientes a integrar comunalmente su *capacidad* expresiva, su *identidad* local y su *proyección* futurista (ver apartado 5 de esta entrevista). La ‘gran alameda’, en esta dirección, está abierta... Y las escuelas y colegios locales – siempre interactivos con la comunidad que los rodea – se irán convirtiendo en el ‘foro natural’ del *desarrollo dialéctico* popular y local. Fue también cómo se inició, hacia 1912, la deliberación ‘soberana’ del pueblo, que llevó (bajo la conducción de L. E. Recabarren) a las grandes *asambleas populares deliberantes* de 1917, 1918-19, 1924 y 1925, que remataron en el proceso *constituyente cívico-militar* de 1924-1925. En esa oportunidad, las traiciones ligadas de Arturo Alessandri y Carlos Ibáñez hicieron fracasar el proceso...

¿Por qué no intentarlo de nuevo, si el *sentido de comunidad* está *reviviendo*, con conocimiento histórico, ahora, de las ‘traiciones’ de siempre de los ‘caudillismos’ de siempre?

Usted ha sido considerado como uno de los principales promotores y difusores de lo que se conoce como Nueva Historia Social Chilena. Su reconocimiento como Premio Nacional de Historia en el 2006 dio cuenta de ello. Desde esa forma de ver la historia, ¿cuáles son -a su consideración- los avances que ha tenido dicho enfoque en la historiografía nacional desde la década de 1990 hasta nuestros días? A partir de Ser niño huacho (2006) ¿Cómo cree usted que esta mirada ha permitido visibilizar a actores sociales olvidados por la historiografía tradicional? y mirando al presente/futuro ¿Qué desafíos o problemas pendientes sugiere para seguir profundizando en la historia social?

Si hay una ciencia social y humana que se ha *desarrollado* en Chile en los últimos 35 años no hay duda que es la Historia, y en particular, la *Historia Social*. No ha ocurrido lo mismo, en cambio, con la Sociología, la Ciencia Política, la Economía y el Derecho Constitucional...

Desde mediados de la década de 1980, la Historia Social ha iniciado y desarrollado la historia de los campamentos y las poblaciones, de la mujer en general, de los grupos juveniles, de la prostitución, el tráfico y consumo de drogas, de la música popular, de los movimientos sociales, de las luchas callejeras, de los niños, del trabajo, de la violación de derechos humanos, de la soberanía ciudadana, de los sistemas económicos y políticos, etc. Todo eso por iniciativa – al principio – de una docena de historiadores adultos ‘críticos’ (algunos de los cuales fuimos expulsados de las Universidades por la tiranía militar) y multiplicada luego por centenares de *jóvenes historiadores* que han vivido las *consecuencias* del desacato militar y oligárquico a la Constitución, y a los valores superiores de la humanidad; pero sobre todo, la *deshumanización* generada después por el régimen neoliberal...

Las ONGs y las redes culturales extra-institucionales (sobre todo eclesiásticas), antes de 1991, estimularon y acogieron la deliberación, la investigación y la creación cultural que se realizó *fuera* del ‘sistema dominante’, en los lugares (refugios) donde vivía y se reunía la sociedad civil y el pueblo-ciudadano (época de restablecimiento del “tejido social”). Después de 1990, *tímidamente*, comenzó a realizarse lo mismo en el ámbito universitario. Allí, a la producción de la docena de historiadores críticos adultos, se sumó una masiva producción de *tesis de historia social*, que amplió considerablemente la producción historiográfica de nuevo tipo (desde Londres los historiadores exiliados habían hablado ya de la “nueva historia”).

Antes de 1980, el pueblo-ciudadano tuvo siempre, sobre sus cabezas, la Historia Oficial de Chile, y por abajo, la escasa pero remecedora historia ‘crítica’ de orientación marxista-leninista, centrada en el *sentido político* de las huelgas y estallidos populares. Después de 1985, en paralelo a esa historiografía crítica, surgió la Historia Social. Y entre 2001 y 2015, sobre todo, la Historia en general tuvo un *boom editorial* que alcanzó niveles de excepción. No es extraño que la Historia fuera calificada entonces, por los vigilantes de la ciencia ‘oficial’, como una ciencia ‘peligrosa’, lo que los condujo a *suprimir los estudios de Historia* en Tercer y Cuarto Año Medios de la Educación chilena...

No es posible negar que la Historia Social chilena jugó un rol relevante, entre 1990 y 2015, en el desarrollo de los *movimientos sociales* que desembocaron en el ‘proceso constituyente’ desde 2015 en adelante. Los intentos laterales por reactualizar la vieja historia política o la historia anecdótica del pueblo no han logrado acoplarse orgánicamente a la *dirección profunda* que lleva el proceso constituyente en Chile.

Si la Historia es la ciencia del *movimiento* (o historicidad), lo logrado por la Historia Social, pese a todo, no es suficiente. Todavía, en gran medida, está centrada en el *pasado* (ha tenido que llenar enormes vacíos). Pues, se requiere – ahora con mayor razón que nunca – avanzar en la historia *viva*, que va de pasado a presente y a futuro, sin interrupciones semánticas o epistemológicas. Se requiere hoy avanzar, sobre todo, en la *dialéctica histórica viva* de las comunidades, *insertándose* orgánicamente en ellas. Hoy es más importante eso que seguir

rellenando – por exigencias del currículo personal – *positivamente* los orificios que aún quedan en la historia pasada. Estamos en una época en que se requiere profundizar en lo que significa, en Chile hoy, el principio de la “*responsabilidad social de la ciencia*”, que es también el principio ético de la *responsabilidad* de la Historia con la *historia...* del pueblo real. No la del ‘Pueblo’ convertido en ‘idea platónica’.

¿Qué palabras le dedicaría usted a los/as investigadores/as en formación? ¿Qué consejos les daría a los/as estudiantes para seguir su propia senda de la investigación social?

Las ciencias duras se hicieron ciencia auscultando objetos cristalizados y cosificados. La verdad ‘objetiva’, por tanto, se definió *también* como una verdad definitiva, cristalizada y cosificada (“leyes científicas”). Centradas, por tanto, en el principio de la identidad estática, y en un presente infinito (“*todos los cuerpos caen*”). Por eso, el principio de identidad se predica como: “lo que *es, es*; nada puede ser y *no ser* al mismo tiempo”. El Derecho, para regir, ha tratado de acogerse al mismo principio, de ‘identidad objetivada’.

Pero el ser humano no es un ‘objeto’ sino un *sujeto*: tiene una interioridad que ve, comprende y con capacidad para actuar con *autonomía* frente a los estímulos externos. Y los historiadores somos ‘sujetos’ que estudiamos a *otros* sujetos... con tiempo *en transcurso*, tanto para el sujeto estudiado como para el sujeto que estudia. Y en el tiempo *que transcurre*, uno y otro pueden *ser* y *no ser...* a contrapelo del principio de identidad, y confirmando el principio opuesto: el del cambio y *la transformación*. Es lo que descubrió Heráclito contraponiéndose a Parménides...

Por eso, el conocimiento histórico no avanza paso a paso al interior del mismo ‘objeto’, sino *dialogando* de sujeto a sujeto, *comprendiéndose* mutuamente, vida con vida. Solidarizando uno con otro, para ‘comprenderse’ y *fraternizar* su vida común hacia el futuro. Son los principios que re-descubrieron los grandes filósofos del conocimiento histórico poco antes de las dos guerras mundiales: H.Rickert, W.Dilthey, y el mismo sociólogo-historiador, M. Weber, que criticaron el objetivismo positivista de, por ejemplo, L. von Ranke... Después de las guerras, y pese la miseria humana producida, triunfaron las potencias liberales, que impusieron a todo nivel el positivismo *estructuralista* (que inmoviliza el tiempo). Mientras en Chile triunfaba la escuela seudo-positivista de la Historia *descriptiva comentada* de F.A.Encina, A.Edwards, etc... La Historia *académica* chilena, después de 1945 olvidó, por eso, a H.Rickert, W.Dilthey & Co. y prefirió quedarse con el positivismo inglés, el estructuralismo francés (*Anales*) y el positivismo puro de J.T.Medina...

La Historia Social ha retomado la tradición epistemológica olvidada de W.Dilthey, pero adoptando un punto de vista propio de América Latina, que es: mirando la historia subjetiva y objetiva desde la *base social ‘marginal’* – con la que dialoga interna y externamente – , porque allí están los seres humanos que *necesitan hacer historia nueva*, más humana que siempre, desde

su propia memoria, fraternizando entre ellos mismos, sin necesidad de recurrir – con orgullo indisimulado – a los *archivos escritos* del Estado dominante e ilegítimo.

Puede que la Historia Social no haya aportado a la *ciencia pura*, pero sí – y no cabe duda – ha aportado a la visión *humanizada* de la historia ‘nacional’, pues mira “desde abajo y desde dentro”, como todos los seres humanos que, hermanados en un diálogo sin fin, constituyen la *comunidad real* que proyecta su futuro. Y eso, sin duda, también es ciencia, y ciencia responsable con la historia humanizada...

Estamos viviendo un tiempo excepcional que exige, en cuerpo y alma, hacer historia *nueva*.

La vieja historia de Chile nos ha enseñado hasta el hartazgo de que los *principios estáticos* de la historia no nos han hecho mejores hombres, sino todo lo contrario. Tanto así, que el pueblo chileno sufre hoy la peor *salud mental* de su historia, la que no es una simple pandemia patógena, sino un producto *social-histórico*. Y los más afectados por esta crisis son los niños y los jóvenes. Las tasas de suicidio infantil y adolescente son una de las *más altas del mundo*. Los/as sicólogos/as de este país – que están trabajando a tiempo completo y con altas cargas de sobretiempo – concuerdan con ello, pero *no tienen tiempo* para estudiar el problema en su conjunto, sino, sólo, paciente tras paciente... Que pagan por hora de atención... Y con urgencia máxima... Mientras la clase dirigente se envuelve y se blindo en un *sainete endogámico*, para preservar su hegemonía sobre el Estado y la usurpación de la soberanía popular...

En esta crisis, la iniciativa regeneradora, recae pues, claramente, sobre la misma *sociedad civil*. Y sólo en ella. Como nunca antes. Pero esta vez la generación vieja está desconcertada, y la generación joven, más golpeada que nadie.

¿Qué hacer?

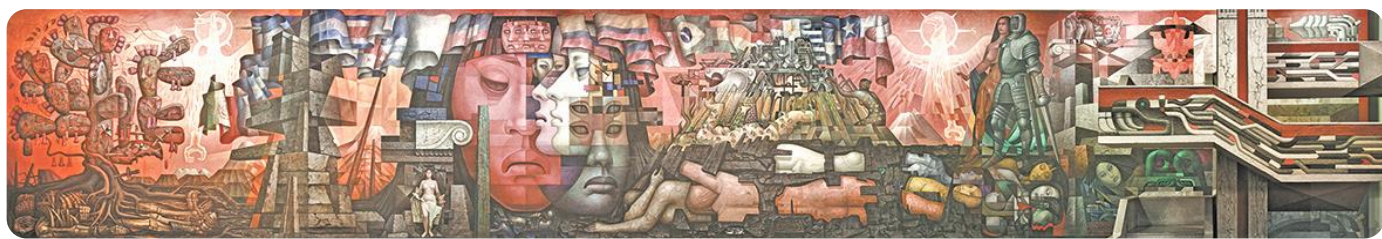
Sólo el *diálogo* fraterno, vida con vida, puede abrir una perspectiva liberadora hacia el futuro. Solo el *diálogo* social y el *cambio* social – no la estática estructural – pueden recuperar el *sentido* de humanidad común, y el *sentido* de la propia historia. Que ha sido, normalmente, el rol histórico jugado por la juventud. Como dijo Miguel Ángel Solar (Presidente de la FEUC) hacia 1967, ante una pregunta de un periodista que investigaba la Reforma Universitaria de ese año: “si hacemos esto (la “reforma”) es porque nosotros, los jóvenes, *tenemos las antenas históricas más sensibles*”

Y la ‘verdadera’ Historia – la que se identifica con el ‘movimiento’ – es la que debe acompañar siempre a las “antenas más sensibles”. La *responsabilidad de la ciencia* exige que la juventud – y en especial los historiadores jóvenes – debe pensar, dialogar y avanzar, *fraternizados* con todos, hacia el futuro. La ciencia del movimiento (es decir: la verdadera ‘dialéctica’), por eso, debe estar, orgánicamente, situada *al interior* de las comunidades que necesitan hacer historia nueva... Y para eso, deben asumir *todas* las formas de comprensión de lo humano, *todos* los métodos de

conocimiento (los sociológicos incluidos) y *toda* la sensibilidad común que permita resolver los problemas que se arrastran, sin solución, del pasado.

La vieja guerra inter-científica es de la época del positivismo. Y la guerra entre intelectuales del pueblo, de la época del fanatismo vanguardista. No tienen sentido, ya, en la era por venir: la de la *integración solidaria* de los pueblos, de todas sus memorias y de todos sus métodos de conocimiento.

Gabriel Salazar
La Reina, mayo 2023



**Interview with Gabriel Salazar.
The Role of History in Self-Knowledge and Popular Self-Education***

Camila Neves Guzmán**

Wilson Lermanda Delgado***

Carlos Ibarra Rebolledo****

History, as a science, needs to be transformed and resurfaced with a critical character, close to the communities. Gabriel Salazar's words give an account of the advances in historiography and its possible contributions so that together we can build our own histories. Raised in La Chimba neighborhood (Santiago), Salazar surrounded himself with popular culture that, at that time, was made invisible by the academy. Due to the above, he felt the need to historicize that reality for popular subjects, which revolutionized Chilean historiography. This involved a true rapprochement between the university and the popular world, making us feel, as researchers,

* Traducido por Carlos Madariaga Cifuentes.

** Programa de Doctorado en Historia, Universidad de Concepción, Chile. Magíster en Historia, Pontificia Universidad Católica de Valparaíso, Chile. Becaria de la Agencia Nacional de Investigación y Desarrollo N° 21201046 (ANID), correo electrónico: cneves@udec.cl, ORCID: <https://orcid.org/0000-0003-3814-8521>

*** Programa de Doctorado en Historia, Universidad de Concepción. Académico del Departamento de Historia y Geografía de la Universidad Católica de la Santísima Concepción, Chile. Becario de la Agencia Nacional de Investigación y Desarrollo N°21200996 (ANID), correo electrónico: wilson.lermanda@ucsc.cl, ORCID: <https://orcid.org/0000-0001-5531-6377>.

**** Doctor en Historia, Universidad de Concepción. Magíster en Historia mención Historia de Chile, Universidad de Chile. Académico de la Facultad de Educación, Universidad San Sebastián, sede Concepción, Chile. Correo electrónico: carlos.ibarra@uss.cl; Colaborador Académico del Departamento de Historia, Universidad de Concepción, correo electrónico: cibarra@udec.cl, ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-9555-2953>.

part of history. These early experiences have marked his long career as a historian, from which a large number of works have been published and disseminated, configuring as benchmarks for the social sciences. Among them, *Mercaderes, empresarios y capitalistas* (Chile, siglo XIX); *Labradores, peones y proletarios*; *La historia desde abajo y desde adentro*; *Ser niño "huacho" en la historia de Chile* (siglo XIX); *Movimientos sociales en Chile: trayectoria histórica y proyección política*; *Historia de la acumulación capitalista en Chile* (Apuntes de clase); and his recent book *La gran alameda de la soberanía popular* (Testamento político de un historiador).

On this occasion, Salazar defines History not only as a science of the past, but also as a science in motion, a constant dialogue between living subjects, from all eras. In this sense, the historian affirms that Social History has contributed to the vision of a humanized "national" history that can look "from below and from within" based on this endless dialogue. Likewise, with such humanization of science, it has contributed to the social movements that emerged from 1990 to the present from the study of the past. However, from Salazar's point of view, this last point is not enough since it is necessary to advance in living history that rescues both the past and the present, and can be projected into the future in continuity.

Gabriel Salazar shares with us that History has been born and grown harassed by objectivity and officialdom, in the sense of demanding the truth and that such is consistent with political interests. Today, from the historian's point of view, the historical movement of the people-citizen needs creativity, understanding the constant dynamism of historical processes disregarding that static objectivity. The above is coincident with the living historical memory of a people. Also, he has referred to the problem of the centralism of the academy. Thus, in the eyes of the historian, History has needed to be legitimized from its official status, which is why it has been recommended to work in the National Archive of Santiago in order to achieve objectivity. Since 2011, the new historians have approached the study of history from below and from the local, a point that has led to the significance of self-knowledge and self-education of the people-citizen. In this sense, today schools can contribute to the investigation of their own histories, their local reality and their sovereignty over local resources.

On the other hand, he stresses that today it is imperative that historiographical science be understood in collaboration with other social sciences and that this favors scientific dynamism. Especially, he states the need for a fusion between History and Sociology in order to respond to the analysis of the emerging movement of popular power. For history students, today, Gabriel Salazar invites the construction of a new history through fraternal dialogue in view of advancing towards the future of a new era defined by the solidarity integration of peoples. Other issues such as the nature of the current capitalist crisis, social movements, the problem of community funds and the State as a "social construction" are discussed in this interview, which offers a retrospective view of the current Chilean reality.

In a broad sense, the historian Gabriel Salazar shows us that his life experiences have strongly permeated his way of making history from below. In this regard, it is essential in the new era to understand history as a product of a constant, productive and supportive dialogue. In this way, we can find ourselves in our own history, our biographies and communities, considering the territorialized study of History as a science in motion. In relation to the above, the work of the new historians has contributed to the importance and rise of local archives. Additionally, this instance has made it possible to consider the importance of studying peoples from living memory and not only from the superstructural archives of the State, giving relevance to the diversity of sources, both written and oral.

Also, the emphasis placed on the writing of history by and for the people is significant, agreeing that the historian is a vehicle for self-knowledge and popular self-education.

Finally, reading this interview allows historians of different generations to wake up and react to the way history continues to be written, considering the scientific approach to emerging popular movements. In this way, we as researchers are given the tools to help consolidate their identities and strengthen the struggles against neoliberal/dictatorial roots.



Concepción, January 2023. Photograph published on the official Instagram account of the University of Concepción as part of the Biobío Book Fair.

What was the origin of your interest in history from below? How have your memories and/or life experiences influenced your way of working on History?

They (*the memories*) have been decisive. I lived my first 22 years in a working-class town: *Manuel Montt*, located in the great neighborhood of La Chimba, Santiago. It was a special, unique town, which was built in 1927 by the Caja de la Habitación Barata with the funds of two mutual societies: that of the *Tramway Workers* and that of the *Taxi Drivers* (both of which constituted what was called "the guild of the wheeled"). They were (are) brick houses with a design adapted to each type of worker. It had streets made of "huevillos", paved sidewalks and large groves of trees. It was declared 3 or 4 years ago as a *Historic Zone*. And it was built in the center of the farm "El Pino", which had been owned by a well-known magnate from Santiago. For this reason, to the north, west, and south, vacant pastures remained in its surroundings, which, after 1938, were completely filled with *shantytowns*, which reached the banks of the Mapocho River. All kinds of poor people settled there: workers, seamstresses, merchants, homeless people, criminals, etc. Families, single men and single women who built "covachas", "rucas" and houses of adobe and even bricks. And it was natural that the unemployed and homeless chose to relax in *the corner* of our house, as if it were their 'civic' square. "Alcoholic beverage outlets" soon appeared everywhere, and the numerous "friends on the corner" were soon inveterate drunkards (men and women) who slept there night and day. Like a mess of 'the marginal'... To the east, there were the avenues ("cañadillas") Vivaceta and Independencia which, according to the historian Armando de Ramón, had, in the intermediate neighborhood, more than 70 tenements, in addition to the whole of La Vega ...A block and a half to the south was the river, which had, under its bridges, colonies of abandoned children. And on the other side of the river, there were the "red light districts", the jail and the Market...

In a single phrase: I was born in the *axial nucleus* of the Chilean popular class at that time, where I met all – all – its variants. My father, for his part, was a "peón-gañán" (son of a tenant, "I never set foot in a school") who, when he came to Santiago, worked as a domestic servant ("cupbearer") in a "house of honor", where he met my mother (packer's daughter, educated by the nuns to be a "servant"), who was a "lady-in-waiting" for the landlady. In that same house my father learned to drive the first cars and to assemble and disassemble engines, later becoming an independent "mechanic" and owner of a "garage". There, they both became fervent Catholics (she, practicing charity in shantytowns and "conventillos", he, praying for the world in a corner of her bedroom, and with daily mass). They got married and lived together for the rest of their lives, always using "*usted*" to call each other...

Because all of this, my historical memory was a *living memory of the complete popular class*, from inside and outside doors. The 'objectification' of this memory began when – first, going to the School – having to cross the shantytowns and tenements back and forth – I discovered that,

in it, no teacher or textbook spoke or told the story of what I was seeing all day on the trip between home and my school. When I entered the “Liceo de Aplicación” I had to go through the same belt of shantytowns every day, but in *another* direction. And in the high school (liceo), no professor or no book referred to that people, who I felt so inside and close to me... When I entered the University, neither in the Department of History, nor in the Department of Philosophy, nor in the Department of Sociology I received information or theory in *that* regard. Just *one* class (just one) from the German sociologist André Gunder Frank (who explained *why* this type of people existed) and *one* invitation from Professor Mario Góngora (who offered me to be his 'research' assistant for his book on the tenants of Central Chile), they convinced me that my questions about the Chilean "low people" had not been answered, among other things, because *they had not been investigated*. Therefore, I felt that I had to investigate them, and as I had experienced them: from the *living memory of real life*, and not (so much) from the superstructural archives of the State. And I also felt that this included to *tell the people* (in return) 'everything' I had researched, in writing or orally... from the University, or from anywhere... Just as they had told *'their'* personal story to me, to my mother or to myself, so many times – so many – in the corner, at the door of my house, or in their own huts (“covachas”)...

How have historians been challenged by the history of the present, and how have they taken up that challenge??

Historical Science was born and grew up harassed by two epistemological ghosts: that of 'objectivity' and that of 'officiality'. The first, harassing in the sense of demanding - as a *sine qua non* condition of 'the' truth - to see, study and define 'the human' as an *object*. The second, harassing in the sense of demanding that the truth *coincide* with the law, the myths or the interests of the kingdom, the nation, the empire, or the dominant caste.

The requirement of 'objectivity' presupposes that what is studied is before the knowing subject as a 'thing in itself': *present, whole, complete*. Like a stone, an atom, or a cell. Therefore, in a *static* position. With time stopped. So that it can be studied *empirically* and *exhaustively*, in all its components, its space and its factual relationship with the rest of the 'elements'. Like under a magnifying glass, or a microscope. They are the presuppositions with which physics, geology, chemistry and biology operate. It was the model of 'science' that was established in the 19th century. And that gave rise to what was called “positivism”.

The requirement of 'officiality', on the other hand, is not a strictly epistemological requirement, but rather 'political': it aims for historical knowledge to *legitimize the particular history* of the dominant political regime, in order to ensure its governability over the respective civil society. Normally, this demand is accompanied by tacit coercive threats, which may imply, if the 'demand' is not applied, repression, isolation, or unemployment. Social Science, and History in particular, do not always operate in areas of freedom for research: "France is the paradise of

intellectuals while the United States is, today, their hell" (Raymond Aron). And this gives rise to a related issue of no small importance: the production of a scientific truth of *social* (non-state) *insertion* gives rise to operating difficulties that turn 'social' research into a *risk* and, therefore, into a serious *social, ethical and political responsibility* (Paul Baran) ...

The History of Chile was formed and consolidated, as a discipline, under the influence of these two 'ghosts' (or epistemological 'principles', if preferred), approximately, between 1830 and 1950. This is what explains that the Chilean history of the XIX century may have been the history of the *victorious political regime* in the civil wars of 1830, 1837, 1851, 1859 and 1891, which implied that the 'social' history of the *losers* (pipiolos, comuneros and democrats), did not appear but late and surreptitiously after 1860, under the thick shadow cast by the *official*, conservative historiography. When, after 1950, a *critical* (ideological) historiography emerged, it did so in the shadow of a *liberal-populist* political regime, which privileged, as 'official science', not History, but Political Economy and Sociology of Development (when not *imported* political ideologies). During the military tyranny (1973-1990) historians tended to develop a *social* historiography outside the University and behind the back of the military tyranny, *from and with* the popular bases. And also under the various attempts (rather frustrated) of the new 'victors' to sustain old historical myths and raise new ones...

Due to all of the above, the new generations of historians find themselves, today, *without institutionalized historiographic canons* to apply to the new historical contingency and, in addition, with History as a prohibited subject in the upper cycle of Secondary Education. The 'pipiolo' historiographical model (by B. Vicuña Mackenna, F. Errázuriz, M. de Santiago Concha, etc.) from the 19th century is not very well known, and the 'Marxist' model from the 20th century is more ideological than scientific. Only the Social History that emerged in the mid-1980s has managed to establish a paradigm that *dialogues* with the social-citizen movements of the 21st century. But a *higher development* is needed, since the historical movement of the people-citizen is not being governed by models inherited from the past, but rather by *what its living present requires*. Which requires *creativity*. Because the history of peoples is not only that of their remote or classical past, but that of their *living historicity*, which goes from the past, passing through the present, in vital projection to the future. Because the real historical being is a *being in movement*. Its static 'objectivity' is always transcended by its *inter-subjective dynamism*. For this reason, historical truth can be neither purely objective (static) nor purely official (dogmatic), but the *projection* of the living historical memory of a people. History is *perpetual motion*...

¿De qué manera los historiadores han propiciado los procesos de descentralización en el acceso al conocimiento y a los documentos históricos? ¿Aún queda por hacer en ese ámbito?

Chile, as a 'nation', was built *from* Santiago, *by* Santiago and *for* Santiago. And Santiago was dominated, since the Spanish defeat of Curulaba, by the *mercantile elite* that traded with the Peruvian Viceroyalty (the "merchants" of tallow, and later copper and wheat), who accomplished: a) to accumulate large "fortunes" in real gold; b) to buy in cash the "administrative magistracies" of the Spanish Empire and the local Councils; c) also the "titles of Castile" that the Crown auctioned off to the highest bidder and, after 1810, d) to build the Chilean State according to the same "imperial-colonized" logic; that is: centralized, authoritarian, hierarchical and with an "absolutist" political ideology... In fact, all modern 'nations' have been built politically and militarily by a 'people' who took advantage of their 'comparative advantages' to *subdue* neighboring peoples and build on them a centralized, authoritarian and hierarchical political system. For this reason, the 'nation' *has* been and *is a political construct*, not a 'civil society' (which *builds itself socioculturally* over time).

That is why History, in Chile, has been under-understood as '*national*' history, political and focused on the *construction of the 'National' State*, which was carried out, exemplarily (oh, Portales!), by the mercantile patriciate from Santiago. For this reason, the History of Chile, given this specific paternity, has tended to be 'official', and because it is 'official', it has needed to 'legitimize' itself before joint citizenship, and to legitimize itself it needs to emphasize that it is not only official and apologetic, but also '*objective*'. And to this end it is recommended that, in order to make History an effective and professional 'science', it is recommended (canonically) to achieve objectivity by working, first and second, in the 'National' Archive... of *Santiago*. Where are the archives of the... 'State'.

In this way, new historians, whether they like it or not, have been trained in official history more than in objective history, and more in *centralized* political history than in social, communal, local and *decentralized* history.

Nevertheless, since the 1980s – period of military tyranny; that is: when the State was the enemy of its people -, 'social history' refounded itself *in* the social sphere, *in* the street and *in* the districts. And from there it became politicized, through the "new social movements", twinned with Civil Society and not, 'officially', with the State and the 'Nation'. Since approximately 2011, the dominant tendency of the new historians is to make history *from below and from the local*. The doctoral thesis of Professor Fernando Venegas Espinoza, from the University of Concepción, for example, is living testimony of this trend. For the new History cannot continue to contribute - to be 'science' - to the *late* legitimization of illegitimate regimes, but to the self-knowledge and self-education *of the* people-citizen. Or, if you prefer, *of 'civil society'*, which is always *localized*.

Regarding your book Ser niño huacho en la Historia de Chile, you state that: "the work of the huachos did nothing more than reflect (...) the adult history of the country (...) in quality and potentiality of the subject". Also, you point out: "making children's history is, above all, a matter of skin (...) more than methods and theory." Therefore, to what extent have children become social subjects in the history of Chile? How do you think the study of childhood has contributed to Chilean historiography? And how can the historian combine sensitivity with the rigor of science in historical research?

The hard and exact sciences are sciences – it is believed – because they study 'objects' (inert, static, available). History, in its deep practice, *does not* study inert objects, but *living subjects*, as the historian himself is (and studies them *as* alive even after death). For this reason, in historical research, basically, it is the *understanding* of life, in its 'social' existence and in its 'movement'.

And this makes possible in History what is impossible for the hard sciences: the "*understanding*" between two or more *cognoscent* living subjects, as Wilhem Dilthey emphasized. That is to say: not the mute and unilateral relationship between a knowing subject and an 'inert phenomenon' (*object*), but the *dialogic* relationship between similar 'noumena' (subjects). Because human history is a science of *intercommunication* and dialogue between living subjects. What allows to perfect the knowledge of the human world in order to further *perfect* and *humanize* the *future history*.

The dialogue, therefore, does not refer only to the past, but, thanks to History, it is a *permanent dialogue between all living human beings and of all times with each other*, whose validation as knowledge is measured, not so much in relation to epistemological canons, but, above all, in relation to the *virtuous construction of the future*. There is a reason why, once upon a time, it was said that History is the "teacher of life". Or, as Martin Heidegger points out: historicity is nothing other than the "care of life".

If that "living understanding" of the historical processes is *not* possessed, the history of the '*children*' will never be understood. Nor that of their '*mothers*'. Nor what is the 'beating heart' of the human community. Because, to 'understand' the *history* of children and their mothers in the medium and long term, positivist science helps little (or nothing). Because the *drive* to make history alive is not so much "absolute rationality" (as G.F. Hegel believed), but rather the vital memory of the *inter-subjective*.

Therefore, the history of children does not find its explanation, only, in its eventual relationship with the State and with the Law that protects the State, but in its direct relationship with their parents, family and neighbors; that is to say: with the *living community* that cares for and protects it. Where he, child, is the center of attention, the *axis* around which revolves, in its purity, "the care of life". In other words: *human historicity* in its original essence. If History is the

science of caring for *human life*, then children embody and live, in its purest, most essential and most transcendent form, *human history*.

Whoever aspires to investigate history from its human essence, will need to study the history of children and their mothers long before they presume to understand, through positivist methods, the '*objective*' nature of the Nation and the State. Well, the community that cares, in its center, for children, should be the same one that cares, at the level of '*peoples*', general life, in its pure essence.

In view of your reflections printed in “La Historia desde abajo y desde dentro” and regarding the presence of the weupife in the historicity of the Mapuche identity as a simile of the figure of the organic historian, in what way can scientific work contribute to “wake up the weupifes of the Chilean people”?

The "*weupifes*" are the historians of the Mapuche people, who do not work with written archives, but with the *living memory* and *living word* of their own people. And they do not work to build a series of objective data, but to make a systematic '*remembering*' (memorizing from the '*heart*'). Which is done in the presence of the people. And they sing, dramatize, shout, dance and cry. That is to say: the *weupife* *re-lives* history, with his own people. Not as pure reason, or academic data, but as a shared feeling. That is to say: as *social energy* that needs to turn to the future. Here history is clearly a future *factor*, not retrospective objectivity stuck in the past. It does not look, static and immobile, at what is already gone, but as a pretext and disposition to *actuate* towards the future. Here, the truth is not inert objectivity, but "*social energy*." *Proactive* historicity. It is the truth, but *in motion*. Somehow, it is similar to what Tito Livio wanted to do with his "*History of Rome*": to contribute to the "*greatness*" of Rome...

In our country, the history of Chile, effectively investigated and told, has been harassed – as was said above – by '*objectivity*' and '*officiality*', and for this reason it has not acted as a factor for the future of the Chilean people-citizen. Even today, '*popular*' history *continues* to be written, telling the '*objective*' history of the State, governments, elections and political parties. In other words: when the people are always spectators, satellites, or victims. And it has been accepted – without '*flinching*' – that the History of the last two years of school be eliminated from public education... For this reason, the people-citizens *do not recognize themselves* in the History of Chile, neither in the academic, nor in the official one. They are also not recognized in their buildings, monuments and statues. They are not interested in, nor do they feel in themselves the political-institutional '*phenomenon*', neither past nor current, and for this very reason, when they call them to vote, they vote with *oblique* information, even against themselves. It is necessary to say it: it has been said that Chile is a country of poets and historians, but the truth is that the '*historical cognition*' of the people-citizen about themselves is, to this day, *catastrophic*. The

Mapuche people are much better 'informed' of their past than the so-called working people. And this difference, in the day-to-day news, *is noticeable...*

How to wake historians so that they know how to wake up – with their own history – the Chilean people-citizen?

At this point, in Chile, there is only *one* really 'productive' way to do it: ensuring that the schools and colleges that work *where* the real people-citizens *are*, become the *dynamic cultural pole* of the 'local communities'. That they *investigate* (with their teachers, students and parents) by themselves and for themselves, "local history". That *they tell it to each other*, in writing, orally or audiovisually, in groups, in their schools, in assemblies, in their "book fairs", in batucadas, in gigs, in street parades, in 50, or in hundreds, or in thousands of words. Deliberating together, singing together, painting together, dancing together. Like an *organic, intestinal* process, of the very life of the local community. Because the people-citizens do not *live* or *make* history in the abstract concept of "Nation", nor in the no less abstract concept of "National State", but where they are *together with themselves*, with their children, with their neighbors, their teachers, their grocers and bowlers. That is to say: where it constitutes *community*.

Among other reasons, because 'popular sovereignty' does not lie in the Nation or in the State (as the "constitutionalists" proclaim), but in the community where the people *live* and *interact with themselves*. This is how Luis Emilio Recabarren put it. Because that sovereignty does not lie in a random sum of individual wills – as 'liberal electoral democracy' claims – but in a *collective will*. And this is not expressed through secret individual votes, but in the *intercommunication and dialectical deliberation*, face to face, voice to voice, of the citizens constituted in a *communal assembly*. Because *dialectic* is not a written (desktop-like) or abstract science (of philosophers), but an *oral one, of collective dialogue*. Only in the inter-communicated people (Jürgen Habermas) and deliberating, can the *true* dialectic arise. The science-mother of the sovereign historical process.

The sad situation of the current town-citizen – which for the ninth time in its history has been excluded from the constituent process by its own 'representatives' – demands, without a doubt, a revolution in the *praxis* of Historiography, and a parallel *historical-pedagogical* revolution. Historians need – not because of a hermeneutical need but because of a vital need of the people as a whole – to free themselves to a large extent from the straitjackets of *pure objectivism* and *threatening officialism*. Because they are being *called*, today, to work together with the people-citizens, to build, with them, the real history that these people need today more than ever. And that it is none other than that of the people in the locality where they *live, work and where they can deliberate by themselves*. As Luis Emilio Recabarren wanted. To learn to *self-represent* historically, in all circumstances.

And this process can only take place and unfold today, having *primary and secondary schools* as its dynamic axis, which, for thousands and thousands, are organically inserted in the districts. And where thousands of *History* teachers work. And also Language, Philosophy, Arts, Civic Education, etc. In addition to the professionals from the respective Municipalities who also work within the community. In the districts there is still, latent, an enormous *vocational and socio-educational capital*. It is there where the *reform of all the curricula and study programs* must be deliberated, agreed upon and executed, in the sense that - as the General Association of Teachers/s and the Chilean Workers' Federation put forward in 1924 - the *community self-educate*. Resolutely rejecting, from below, the 'imported' educational models (today, from Finland). *Pedagogical communities* must investigate, tell and deliberate *their* own history, *their* local reality, *their sovereignty* over local resources (such as Calama with respect to copper, or Curanilahue with respect to coal, or Maullín in relation to its rivers, etc.)

Because that has been and is the *true educational history* of the people-citizen. The one defended by Luis Emilio Recabarren, Gabriela Mistral, the Chilean Workers' Federation, the teachers of the General Association of Teachers, those of the Consolidated Schools, the central project of the ENU (Salvador Allende), the Popular Education Movement and NGOs from the period 1980-2008. And also Paulo Freire, among others.

And it is encouraging, in this sense, that many *local communities* are finding – right now – the way for their cultural self-representation. Through their *Book Fairs*, their local gigs and batucadas, the investigation of local history by school coordinators (San Bernardo), etc. Expressing themselves and moving towards educational, cultural and political sovereignty. This new phenomenon has been observed and is observable in districts or towns such as Lirquén, San Bernardo, Conchalí, Villa O'Higgins, Ovalle, Huechuraba, Putaendo, etc. And there are entire provinces (Antofagasta) where plans and funds are being considered to advance in this direction...

Chilean universities, which have been - all - *remodeled* by neoliberal policies, inward and outward (internationalization and globalization), *no longer represent the cultural needs or the real cultural movement* of the Chilean "peoples", nor of their youth, nor of their communities of origin.

'Chilean' *weupifes* can, therefore, go into action.

When pointing out to the students and academics of the University of Concepción that "History is the mother of all Social Sciences", why do you think that History is essential in the epistemology of the other Social Sciences? How has history contributed (and does contribute) to the scientific work of other Social Sciences?

The dynamic crosses the static perpendicularly. The movement disarticulates the centripetal forces of gravity. History wears down and renews the Law. Renewal *gives meaning* to identity. History changes and surpasses the 'present' reality.

Thinking the 'static' from *pure essences* has been the task of Classical Philosophy. Describing the 'movement' from the *succession of specific events* has been the task of Traditional History. Explaining society from its *relationships and structural functions* has been the task of Classical Sociology. *Humanly feeling and expressing* the static and the dynamic has been the concern of the Arts.

But what is the human science that overcomes the 'instability' of the static and the 'inefficiency' of the dynamic in terms of achieving or achieving *the integration and fullness* of human life? In other words: what is the science of its historical *power*? Is it, perhaps, *Politics*?

Politics should have been the democratic science of the *historical movement* of human society, but, actually, for centuries, it has become the 'dispute' and the 'art' of governing peoples based on *Law*. And that art and that dispute have ended up generating a "political oligarchy" that has *triumphed* in the "dispute" and *monopolized* "art" (Robert Michels). From which has been derived the fact that the eventual political science (which should have been *the living dialectic* of the people) ceased to be 'science' to be, only, *oligarchic power*.

Faced with this situation, the challenge has fallen on the other human sciences: History and Sociology, mainly. Which, given this 'fact', for reasons of *ethics and social responsibility*, cannot afford to be purely theoretical and academic sciences (Paul Baran). And therefore, History, which is essentially the science of 'movement', cannot remain static, looking at the past, and Sociology, which is the science of 'social concepts', cannot perpetuate itself in systemic static (Talcott Parsons). Therefore, both, if they become *responsible* for the "scientific" needs of modern peoples regarding the *social control* of the destiny of the human species, need to assume, as a central category, *the movement*. And because of that 'responsibility' emerged Social History (E.P. Thompson), the "Sociological Imagination" (Wright Mills), the sociology of Social Networks and Movements (Alberto Melucci). And in Latin America an attempt was made to merge, for the same reason, the sociological approach with the historical one, especially in view of the dilemma facing Latin America: *reform or revolution? Political parties or social movement?* (Ernesto Laclau, José Nun, Enzo Faletto, Center for Social Studies of the University of Chile, Department of Economic-Social History of the Institute of History of the Universidad Católica (Chile), etc.) ... The irruption of the Latin American dictatorships of the 70s interrupted that attempt--

It was in this context that the role of History in relation to the Social Sciences, and in particular, with respect to Sociology, was discussed. It was necessary to explain the 'new' dimensions brought by the *emerging movement of "people's power"*, for example. It was then that the same sociologists realized that their old 'systemic' concepts did not allow them to explain these movements (such as that of blacks regarding "civil rights" in the United States), except as "social pathology" (T. Parsons, R. Merton). It was then that it was discovered that only History could explain this – as the "mother of the Social Sciences" – but on the condition that it 'learned' to work with 'dynamic concepts' (Vania Bambirra, in a lecture offered at the Pedagogical School of the University of Chile). That brought Sociology and History together (Tomás Moulian, Enzo Faletto, M.A. Garretón). An approach that has not been renewed since then. And it has been for that very reason, a forgotten illusion...

Undoubtedly, the need for a fusion between History and Sociology in relation to the social need for 'dynamic knowledge' defined above, is, without a doubt, an *academic-social imperative* that is still in force. It could be said that historians have been reluctant to incorporate sociological methods and concepts to pave their way from past history to the present. During the 1960s, the Center for Social Studies (CESO) of the U. of Chile integrated the historians Mario Góngora and Gonzalo Izquierdo into its team, and the aforementioned Department of Economic-Social History was founded at the U. Católica. The results were that the historians invited to the CESO did not change one iota, neither their 'positivist' heuristics nor their hermeneutics (that is, describing 'particular facts' ad nauseam), so their contract did not continue, while the Department of Economic-Social History of the Catholic University was suppressed by the pinochetist dean who took office in 1973...

The fact that Chile did not continue along this route of academic collaboration does not mean that the *social responsibility of science* – which the real 'historical movement' demands – has disappeared. On the contrary, it has become more acute in the 21st century, to such a level that it is no longer an 'invitation', but an *imperative*.

As stated in your book *Social Movements in Chile: Historical Trajectory and Political Projection*, "The truth of history is not in the darkness of mega-structures, but in the particularity and luminous simplicity of life. What is the one that nourishes, fills, floods and seizes the entire history of the social subject", how has critical thinking contributed to the discovery of reality by social subjects?, what has been the contribution of movements, actors and social subjects to the evolution of the history of our country?

The construction of 'nations' and 'empires' – which have normally become what they are based on the use of armed violence and regular doses of tyranny – requires that, in their eagerness to endure as hegemonic systems, they *need* to clothe themselves with a apologetic, mythological and official discourse, to "*belatedly legitimize*" (Jürgen Habermas). The need for "late

legitimization" has been a permanent need of the Chilean political system derived from the (illegitimate) Constitution of 1833. Such a need can *only* be achieved by relying on the *prestige* of science, philosophy, religion, and even 'majestic' art. Thus, Religion legitimized regimes such as the pharaonic or the absolute kings. History and Art, the Roman Empire. The 'art' of War, the Empire of Napoleon. Politics, that of the Soviet Union. History and Law, the traditional Chilean State. Sociology, the North American State in time of cold or hot war.

The *peoples* dominated by 'nations' and 'empires' need, in turn, and for multiple 'human' reasons, *to assert*, both in their daily lives and in their historical memory, their *real existence*: their cultural identity, their own memory, their projects and their shadowed sovereignty. That explains their various 'movements' within and against the political system that imprisons them. In Chile, the (armed) *resistance* of the peoples of the south (Concepción, La Frontera), of the north (Coquimbo, Atacama) and even of the center (San Felipe, Talca) against the "National" State built by Santiago, lasted from 1823 to 1882, and even up to 1891. All these '*social movements*' generated a "critical" literature that was lodged, mainly, in the local newspapers and in the "pipiola" History (which was published, fragmented, around 1864). Given this, the oligarchic system encouraged the construction of a powerful *historiographical and constitutionalist apologetics*, which was consolidated in the first part of the 20th century (Barros Arana, Sotomayor Valdés, Encina, Edwards, Eyzaguirre, etc.), whose specific protagonist was the *Government and Parliament* (ie the 'national' State).

The social movements that *reacted* against this system (the mancomunal-constituent of Luis Emilio Recabarren and the union-parliamentarist of the parliamentary parties of the Left) did not generate a critical thought of the *social movement* itself, but rather a *parliamentary ideology*, with a tendency to generate a popular historiography also apologetic ("working masses") that functioned as the *antithesis* of oligarchic apologetics. Since it was not enough to explain the *complexity of spontaneous popular mobilization* (above all, that of the movement of settlers, youth, and women), Chilean and Latin American sociologists built a *structuralist theory* of development, dependency, and revolution (Faletto-Cardoso, A. G. Frank, T. dos Santos, Mauro Marini, V. Bamberger, S. Ramos, etc.). The same one that, because it was neo-Marxist and economist, was massively adopted by the Center and Left parties, which left 'heroic' historiography (H. Ramírez, L. Vitale, M. Segall, etc.) in a second plane... And as is known, the 'structuralist' theories were strongly criticized from abroad, and then disemboweled by the military intervention of 1973 and the overwhelming irruption of Milton Friedman and his Chicago Boys (with the accompaniment of the sociologists disciples of Alain Touraine). Critical thought of the period 1931-1973 was thus erased from the 'critical' firmament.

But, if that critical thought was defeated by weapons, by facts and new 'theories', the *spontaneous* social movements of the peoples *were not*. On the contrary, they woke up with force from 1983 against the military tyranny, which they defeated *politically* around 1987 (not

militarily). But that powerful movement (“popular power”), despite its political triumph, *did not bring, in its backpack, any critical thought, nor any friendly science that would guide it historically and politically* according to its revolutionary needs. Neoliberalism, in Chile, was installed in the 1990s without finding *intellectual opposition*.

Only NGOs and Popular Education, during the '80s and early '90s, came to the aid of the popular protest movement, in order to restore the "social fabric" stabbed by military tyranny. And it became evident that the *memory* of the social movement of the period (1972-1986) was alive, *trans-generationally*, so that in these NGOs they began to work on *theory, self-education, action and the future project of the popular social movement*, which had been left in suspense – and astonished – with the so-called “transition to democracy”. It was there where Social History was *reunited with the living social movement*, and where the life of critical thought could be reignited, this time *within* the emerging popular councils, and pave the way for the development of the *constituent power* of the peoples of Chile.

From historiography, reflections on the State have been a constant during the last decades. From classic perspectives such as Mario Góngora's in his Essay (1986), to the one you have raised in The Construction of the State in Chile (2006). Beyond seeing the State as a pipe dream, you have placed emphasis on the notion of construction, where elites and civil society mainly interact. In relation to this last social actor, what characteristics do you attribute to social movements and their relationship with the State today? How can the retrospective diagnoses made by historians influence the public debate? In short, how to rethink the State?

History shows that States built 'illegitimately' (this is the categorical case of the Chilean State) tend to be defined and conceptualized, by their founders, as *static, univocal and indivisible entities* (check the initial chapter on the 'theoretical foundations' in the Chilean political constitutions from 1833 onwards). The tendency is to assume the 'Nation' and the 'State' as Platonic ideas: total, perfect, and immobile. That is why the political oligarchy passionately insists on affirming and maintaining, in this sphere, the '*unity*' of the Nation, rejecting at the same time its eventual '*heterogeneity*', as well as the eventual '*re-foundation*' of '*its*' State. The media made that patently clear during the process of the last Constitutional Convention (2022).

This same tendency converts Constitutional Law, not into a "science of law" but into a conspiracy of "*doctors, or interpreters of the Law*", sort of priests, caretakers and conservatives of a rigid, static Decalogue, which can only be memorized, obey and defend. And, for this very reason, the laws become a *lucrative conservative power*, which favors the appearance, development and permanence of a *market of captive interests* that transforms the representatives of the citizen-people (all, one after the other) into an *oligarchy*, or "*political class*" (G.Mosca, R. Michels, P.Bourdieu, etc.).

Those 'interests' and that 'oligarchy' - which profit from the original illegitimacy of the Constitution - are constantly threatened by criticism and the contestatory action of the affected civil society. For this reason, and given that they consider the Constitution to be an *untouchable* truth, they promulgate protection laws ("Defense of Democracy"), and constitutionally force the Army to *mechanically obey the Law and never deliberate...* This is how the State shields itself, the Platonic idea that justifies it is protected, the public is excluded from its eventual revision or re-foundation, and 'social' History (science of the 'movement') is left in the forbidden zone of *political heresy...*

The problem with Law, Sociology, Political Science and most ideologies is that they have tended to define, theoretically, the State as an *entity 'in itself'*. That is, as a contingent phenomenon *reified, objectified*, and turned into a 'res' of a more metaphysical than earthly nature. Hence the tendency to call it "the" State. That is to say: as something that exists before human society, and transcends it in time. As if it were self-reproducing... Such a trend undoubtedly comes from the time when absolute monarchies and great empires dominated political relations in the world. When the 'sovereignty' came, for those 'super-structures', from the Christian monotheistic God.

The 'citizen' revolutions (the liberal-individualist and the 'communal' ones), based on the opposite principle of *'popular sovereignty'*, showed that the State is not a pipe dream, but a *social construction*. And in that direction today's social movements move. Whose origin and destiny are not timeless, but quite the opposite. The "re-founding" of the State, from whichever point of view one looks at it, constitutes, from end to end, a *historical-social process*. Therefore, the 'historicity' (movement) is above and transcends the Law, the State, and all the defensive apparatus of the 'illegitimate' States. And by the way, also, to the 'platonic' ideologies.

Historical science must always be *faithful* to the dynamic principle of historicity.

In the History of Capitalist Accumulation in Chile (2003) it was stated that the economic history that has been built in the country has been characterized by studying crises, little considering the accumulation system. Regarding the latter and considering that the notion of crisis has been a constant for civil society, how is the leadership of national capitalism projected in a context of uncertainty and of constitutional changes that are currently being projected? Could it be that we are experiencing a stage of transformation that can be projected into the next 30 years or rather is it a new version of 'gatopardismo', where everything is changed, so that everything remains the same?

In Chile, both the dominant economic oligarchy and the contesting political groups have coincided – curiously – on a strategic level: in maintaining that the nature of the dominant economic system in Chile is *capitalism* itself. The same that characterizes the great powers... Therefore, it has been defended *as such* ("liberal democracy") and has been attacked *as such*

("system of exploitation"). At least, clearly, during the classic period of the "class struggle": between 1936 and 1973.

Treating capitalism as a 'system per se' is as dangerous as treating the Nation and the 'national' State as realities 'per se'. The game of converting the changing forms of history into Platonic essences is a politically and tactically dangerous game. It can lead, for example, to historically *inefficient* 'fanatics'... And this is revealed by the fact that neither the Chilean bourgeoisie has been able to really develop the country, nor has the political movement of the exploited succeeded in overthrowing bourgeois hegemony. And we are talking about 200 years of history...

Neither capitalism, nor imperialism, nor the bourgeoisie, nor the exploited people are Platonic *essences*, but *historical* actors and movements, endowed, therefore, with the complexity, diversity and transformation of *all* human social processes. Remember that capitalism was born in the 13th century under the hegemonic form of "commercial capital", that in the 18th century the hegemony was taken by "industrial capital" and, at the end of the 20th century, by "financial capital". Where each hegemonic form imposed different forms of exploitation and, above all, different forms of *accumulation*. It is true that, in all its hegemonic forms, capitalism 'exploits', but the strategic spring of its domination, case by case, has always been the *type of accumulation*. For scholars of the 19th century (including Karl Marx) and also for those of the 21st century, the *real* power of capitalism lies in its types and cycles of *accumulation*. That is why Marx distinguished between "revolutionary" or *developmental* (industrial) capitalism, and "non-revolutionary" or *non-developmental* (mercantile-financial) capitalism. And for this reason, the internal relations between these three types of capitalism can be multiple, as well as their intrinsic contradictions and the type of conflict they generate. And also the type of State... (These problems will not be fully developed in this interview).

Suffice it only to say that Chile is not the 'colonial' child of *industrial* capital (after the 18th century) like the US, but rather the 'colonial' child of *mercantile or commercial* capital (since the 16th century). That is why the Chilean oligarchy has always been mercantile and speculative, not industrial. And mercantile capitalism always generates accumulation of *money*, not accumulation (development) of the *productive forces*. And for this very reason it generates large *marginal*, underemployed *masses*, not large masses of *industrial workers*. The current composition of the 'popular class' of Chile-today reveals this *pathetically clearly*.

For this reason, the dominant neoliberal economic science today in the Chilean Schools of Economics is no longer the Political Economy of the '50s and '60s of the last century, but only *Commercial Engineering*, which studies, almost exclusively, *short-term business cycles*, that trace *commercial and financial* transactions, not variations in *production*... For this reason, the concept of *crisis*, after 1982, no longer has social and political content, since, intrinsically, it is today a focused concept, only, to the negative variations of the *World Stock Markets*, and to their impact

on the exchange value of the national currency (see the world sub-prime crisis of 2008-2009, and the current economic crisis in Argentina).

The crisis that has affected Chile since 2006 is therefore threefold: a) economic, insofar as it is a typical crisis of *commercial capitalism* taken to the extreme ("neo-liberal"), which has generated an enormous insufficiency of local manufacturing production and an enormous dependence on the importation of all kinds of products; b) *social*, insofar as the dominant labor offer is, on the one hand, *pre-industrial* (primary jobs, low wages, contractual dictatorship of the company), and on the other, *without a sense of the future* (it is not based on vocation, in permanence, nor in the personal labor career), which results in an 'indirect' exploitation (without permanent employers), with a very strong impact on the mental health of working families and, c) *politics*, insofar the State imposed in 1980, is not only illegitimate, but extremely neoliberal and without *social content or future projection* for the population.

The crisis in Chile (the usual one) is not a purely neoliberal crisis, nor is it even a typical crisis of an industrial country. It is still a 'colonial' crisis...

It is understood that, in Chile, it is not about making a revolution from a powerful "working class" to expropriate a powerful "capitalist bourgeoisie", to *expropriate* their capital and redirect it to social development. The task does not only revolve around the *private ownership* of the means of production, since it is about *building* a State that not only retakes the development of production as the general axis of the economy, but also that is the instrument of 'sovereign' power of the population, to use it as the proper tool for their long-awaited *integration and development* as a 'people' (not as a 'nation').

Social security and the current model of individual capitalization have been subjected to criticism from public opinion and citizens in recent years. However, the public debate seems to be ahistorical, since it considers only the transformations carried out from the 1980s onwards. From our social mission as historians, what elements of analysis do you suggest to think about a history of social security in Chile? Is it necessary to think about this history beyond the State, considering long-term associative experiences? What role do community funds play in this long look at social security?

"Community funds" have a very old date and a sad and losing history.

Originally they were nothing but the '*patrimony*' of the free peoples who had their own 'proper jurisdiction' (*own* territory, community and 'law'). The free and proper administration of that patrimony was what was called, in the 18th century, '*popular sovereignty*', in opposition to the 'divine sovereignty' of kings' (*Siete Partidas y Novísima Recopilación de Leyes de España*). Absolute kings, by extending their territorial domain, were ignoring the *communal privileges*, and imposed on the "towns" officials "of the King" ("corregidores"). Finally, they appropriated the council positions of those "towns" (Cabildo aldermen, lieutenants and bailiffs) abusively selling

them to the highest bidder, to swell the Royal Treasury. In this way, the local patrimony (land, offices and local taxes) passed either into the hands of the emerging *mercantile bourgeoisie* (by purchase), or into the hands of 'fiscal' officials, by transforming the councils and town halls into *centralized* municipalities.

In the "*communal law*" (and in the memory of the "peoples"), however, the memory and the concept of the "*community fund*" remained. For this reason, in the community concept of 'salaried work', the employer must pay 'the' salary in two ways: a) a part for the *individual worker*, for the maintenance of him and his family and, b) another part for the *community* (people) to which the worker belonged, for their collective well-being. At that time, 'community' was an essential part of individual identity...

Due to this 'tradition', in 1825, when the community of "lancheros y laboreros" of Valparaíso rebelled against the authority of Santiago, an agreement was reached, whereby the port workers would be paid a 'tariff' to the 'individual', and another for his "community fund", which was a "*pension*" fund for the welfare of the 'union' community. For this reason, the dockers had a "fund" that grew to such an extent (around 1830 and 1840) that it became a true "capital market", coveted by both merchants and municipal authorities...

When, after 1850, the *mutual* association of artisans affected by the free trade policy of the mercantile oligarchy became general, the main objective of their activity - for half a century - was for the workers to learn to *manage efficiently, by themselves*, that fund. After half a century or more, the facts show that the workers of that time *learned to manage, and quite a lot*: they built headquarters ("people's houses") with rooms for conferences and festive "evenings", classrooms, libraries, rooms for the printing presses, etc. L. E. Recabarren was based on this administrative "capacity" to conclude that popular politics should focus on the *development of "people's intelligence"*. Because, if they knew how to manage "their own" efficiently, they would also know how to manage the "communal funds" (of the Municipality). And in the medium term, those of the national State. Hence the importance he gave to the "mancomunales" and his proposal for *local* development of popular sovereignty...

Half a century later, American sociologists discovered that the black "civil rights movement" was not just a "social pathology" to be repressed, but a *social movement that administered its own "community fund"* (which was not just monetary and administrative resources, but also a high *cultural development, theoretical and political intelligence, internal solidarity, convictions*, etc.). Since then, these sociologists understood that '*power*' was not only the monopoly of money, laws and weapons, but, above all, the *social capacity to efficiently manage all social resources*... It is known that the "movement for civil rights" triumphed as "law", establishing a global paradigm of "human rights".

The World Bank, since approximately 1982, used that same sociological concept to establish and apply the *neoliberal* version of "social development": that public funds be associated with

the "social capital" (personal resources) of each poor individual, so that it, *by itself, individually, gets out of poverty*, through small development projects ("small projects"). It is the policy applied by FOSIS in Chile and, particularly, by the UDI and neoliberalism. As well as the Concertación (Chile).

Throughout this journey, the concept of "community fund" was *discarded* due to the "reformist" politics of the Leftist parties in Chile ("it is economicist and pre-political"). The result was that the community funds of all mutual societies in Chile were *nationalized* in 1924, and administered by a consortium between the State and private banks, from then until 1973... With the advent of neoliberalism, these funds were also *privatized*, and they are today in the hands of the AFPs and the ISAPRES, with a huge participation of foreign capital. It is the main "capital market" in Chile (over 300 billion dollars), which being 'community' (owned by the workers) are being monopolized by private 'managers'...

Therefore, since 1924, the workers stopped managing their community funds and, therefore, they also stopped developing the *social, economic and political power* that this 'management' generates in their administrators. And that is why the "mutuals" were displaced by the "parties". Graciously, the political representatives "of" the people accepted that, since 1924, this power would be handed over to the oligarchy, and not to the people who generated it with their work. And for the same reason, they disavowed the political thought of Recabarren and Clotario Blest, and today, too, they have agreed to administer by themselves (hand in hand with the traditional oligarchy) not only the "community fund", but also the "*popular sovereignty*", through a constituent process that *excludes* all the capacities of the Chilean people...

It is the sad story of the "community fund" in Chile. The conclusions are obvious.

During this year, you have published a book that you project as your political testament - "La gran Alameda de la soberanía popular (2023)" -, where you make a fierce criticism of the party system, stating that the political class by not have a sovereign mandate, acts in their own interests. In this sense, the assembly of the peoples is revalued as an alternative to liberal democracy. In practical terms, what paths should social movements follow so that the transformations can have effective paths of realization? On the other hand, to what extent are these transformations possible, when there is a political class that has patrimonialized the State?

It is known that sovereignty is not an *individual* will, but a *collective* will. Therefore, "individual freedom" should not be confused with *popular sovereignty*.

The human being is an intrinsically *social* being, all the philosophers have said. For this reason, the human species is a set of 'communities' with a *common* (natural) destiny. But if individualism is emphasized to the limit, the human community is *pulverized*. If the liberal system of political parties is emphasized (as in Chile), the national community is *partitioned and divided* between (from ten to thirty) different ideologies, factions and parties. And that leads to a perpetual

electoral guerilla. In Chile, which has had a liberal party system and an illegitimate state since 1833, it has never been possible to *agree on a common development plan* for the country. Thus, a free trade (non-development) economic regime has been maintained until today. For the same reason, Chile accumulates *ten failed attempts* to dictate a political constitution that integrates, unifies and develops the country. And today it rambles on *an eleventh* attempt, which is halfway...

The issue of the *real unity* of the country (not its metaphysical unity in the 'constitutional' Nation) is, therefore, an unresolved problem. The organization in a plurality of 'parties' - which compete with each other - has not solved this problem in Chile. The countries that achieved *sufficient integration* have been those that, on the contrary, found a formula for productive and industrial development based on a *unionist agreement*. In the case of England, that unity was prepared when the mercantile bourgeoisie *strategically associated* with the emerging industrial bourgeoisie, to export their manufactures to the world market. In the case of Japan, Germany, Italy or the Soviet Union, the development was preceded because the State played authoritatively for a *nationalist* program, of "political" union to achieve "economic-social" development. In Chile, on the other hand, the dominant mercantile bourgeoisie *savagely repressed* the emerging 'manufacturing artisan' in the 19th century, and in the 20th and 21st centuries *it has gambled* (also savagely) to ensure a free trade and non-development regime. But it swears, for purely political reasons, that Chile is a "united and indivisible" nation.

After two centuries, it is natural that the Chilean people *spontaneously unite in the streets* to reject an absurd political regime, and celebrate 'in carnival' that *unique, spiritual moment of unity*... It is the essence of 'octobrist' and of the repeated Chilean "social outbreaks". But the union of the people-citizen as "mass in the street" *points* towards a goal, but, there in the street, it does not solve anything, nor is it the goal. The union of the 'masses' is not enough union for a country like Chile, which needs to solve a multi-secular problem of disintegration. The people are required to *unite by identity and deliberately*, not just 'rebelliously'. And that union by identity and deliberation can only occur where the people *live with themselves*. And that only exists in the *neighborhood community*, because there are the mothers, their children, their friends, their schools, their teachers, the workers, the house, the corner, the alley, the church, the club, the canteens... The local community was, in Europe, the base of the 'polis', the base of the 'free peoples' with their own jurisdiction, the place of the town halls, councils, municipalities, and "councils"... It is the *matrix*, of the 'socialism' and 'communism' in its natural, *living* form (not in the ideology of a party).

In Chile, the era of the "cabildos" was the era of *active popular sovereignty*. It was the memory of that sovereignty that fought with weapons in the streets, to restore it, throughout the 19th century. It was the basis of the revolutionary thought of L.E. Recabarren, the educational philosophy of Gabriela Mistral, the union policy of Clotario Blest, etc. And it is what inspired the

spontaneous emergence of 'local councils' when Michelle Bachelet announced to the country that a 'constituent process' was opening. It was also a *central* idea of the last Constituent Convention, which noted, as a constitutional rule, that there should be "communal assemblies", "regional assemblies" and a "Chamber of Regions", where that matrix link would operate with "binding" decisions...

The problem is that, since 1830 (Portales, Prieto, Montt) the local (Cabildos) and regional (Provincial Assemblies) assemblies were *abolished*... The 'local communities', therefore, have never had a *binding presence* in the State. In exchange, electoral democracy was imposed, the secret individual vote, and they reduced deliberative sovereignty to arithmetic sums of individual votes for other individuals. Pulverizing, in this way, popular sovereignty.

To this day, when for nine years the citizenry has been *rejecting* the (liberal) political class in a percentage higher than 90% (May 2023: 99%), the Chilean people are forcing themselves to "*self-represent*". And, as is logical, it cannot be done individual by individual, but only through *communal assemblies*.

In fact, in many districts, in 2023, spontaneous movements of *neighboring citizens* are emerging in order to communally integrate their *expressive capacity*, their local *identity* and their futuristic *projection* (see section 5 of this interview). The 'great boulevard', in this direction, is open... And the local schools and colleges – always interactive with the community that surrounds them – will gradually become the 'natural forum' of popular and local *dialectical development*. It was also how the 'sovereign' deliberation of the people began, around 1912, which led (under the leadership of L. E. Recabarren) to the great *deliberative popular assemblies* of 1917, 1918-19, 1924 and 1925, which ended in the *constituent civic-military* process of 1924-1925. On that occasion, the linked betrayals of Arturo Alessandri and Carlos Ibáñez made the process fail...

Why not try it again, if the *sense of community is reviving*, with historical knowledge, now, from the usual 'betrayals' of the usual 'caudillismos'?

You have been considered one of the main promoters and disseminators of what is known as the New Chilean Social History. Your recognition as National History Award in 2006 gave an account of this. From this way of looking at history, what are -in your opinion- the advances that this approach has had in national historiography from the 1990s to the present day? Starting from Ser niño huacho (2006), how do you think this perspective has made visible social actors forgotten by traditional historiography? and looking to the present/future, what challenges or pending problems do you suggest to continue delving into from social history?

If there is a social and human science that has *developed* in Chile in the last 35 years, there is no doubt that it is History, and in particular, *Social History*. The same has not happened, however, with Sociology, Political Science, Economics and Constitutional Law...

Since the mid-1980s, Social History has initiated and developed the history of squatter camps and towns, women in general, youth groups, prostitution, drug trafficking and consumption, popular music, of social movements, of street fights, of children, of work, of the violation of human rights, of citizen sovereignty, of economic and political systems, etc. All this at the initiative – at first – of a dozen 'critical' adult historians (some of whom were expelled from the Universities by military tyranny) and later multiplied by hundreds of young historians who have experienced the *consequences* of military and oligarchic contempt to the Constitution, and to the superior values of humanity; but above all, the *dehumanization* generated later by the neoliberal regime...

NGOs and extra-institutional cultural networks (especially ecclesiastical), before 1991, stimulated and welcomed deliberation, research and cultural creation that took place *outside* the 'dominant system', in the places (refuges) where civil society and the town-citizen lived and met (time of reestablishment of the "social fabric"). After 1990, *timidly*, the same thing began to be done at the university level. There, to the production of the dozen critical adult historians, a massive production of *theses on social history* was added, which considerably expanded the historiographical production of a new type (from London the exiled historians had already spoken of the "new history").

Before 1980, the people-citizens always had, above their heads, the Official History of Chile, and below, the scarce but shocking 'critical' history of a Marxist-Leninist orientation, centered on the *political meaning* of strikes and popular outbursts. After 1985, in parallel to this critical historiography, Social History arose. And between 2001 and 2015, above all, History in general had an *editorial boom* that reached exceptional levels. It is not strange that History was qualified then, by the watchers of 'official' science, as a 'dangerous' science, which led them to *suppress the studies of History* in the last two years of school in the Chilean Education...

It is not possible to deny that Chilean Social History played a relevant role, between 1990 and 2015, in the development of the *social movements* that led to the 'constituent process' from 2015 onwards. Lateral attempts to update the old political history or the anecdotal history of the people have not been able to organically fit into the *profound direction* that the constituent process is taking in Chile.

If History is the science of *movement* (or historicity), what Social History has achieved, despite everything, is not enough. It is still, to a large extent, focused on the *past* (it has had to fill in huge gaps). For it is required – now with more reason than ever – to advance in *living* history, which goes from past to present and to the future, without semantic or epistemological interruptions. Today it is necessary to advance, above all, in the *living historical dialectic* of the communities, organically *inserting* ourselves into them. Today that is more important than continuing to fill in – due to the demands of the personal curriculum – *positivistically* the holes that still remain in past history. We are at a time when it is necessary to delve into what the principle of the "*social*

responsibility of science" means in Chile today, which is also the ethical principle of the *responsibility* of History with the *history*... of the real people. Not that of the 'People' turned into a 'Platonic idea'.

What words would you dedicate to researchers in training? What advice would you give students to follow their own path of social investigation?

The hard sciences became science by auscultating crystallized and reified objects. The 'objective' truth, therefore, was *also* defined as a definitive, crystallized and reified truth ("scientific laws"). Centered, therefore, on the principle of static identity, and on an infinite present ("*all bodies fall*"). Therefore, the principle of identity is preached as: "what *is, is*; nothing can be and *not be* at the same time. The Law, in order to govern, has tried to adhere to the same principle, of 'objectified identity'.

But the human being is not an 'object' but a *subject*: it has an interiority that sees, understands and has the capacity to act *autonomously* in the face of external stimuli. And historians are 'subjects' who study other subjects... with time *in progress*, both for the subject studied and for the subject that studies. And in the time *that passes*, one and the other *can be and not be*... contrary to the principle of identity, and confirming the opposite principle: that of change *and transformation*. This is what Heraclitus discovered by opposing Parmenides...

For this reason, historical knowledge does not advance step by step within the same 'object', but by *dialoguing* from subject to subject, *understanding* each other, life with life. Solidarizing with each other, to "understand each other" and *fraternize* their common life towards the future. These are the principles that the great philosophers of historical knowledge rediscovered shortly before the two world wars: H.Rickert, W.Dilthey, and the same sociologist-historian, M. Weber, who criticized the positivist objectivism of, for example, L. von Ranke... After the wars, and despite the human misery produced, the liberal powers triumphed, imposing *structuralist* positivism (which immobilizes time) at all levels. While in Chile the pseudo-positivist school of the *commented descriptive* history of F.A.Encina, A.Edwards, etc. triumphed... Chilean *academic* history, after 1945, therefore forgot H.Rickert, W.Dilthey & Co. and preferred staying with English positivism, French structuralism (*Anales*) and the pure positivism of J.T.Medina...

Social History has resumed the forgotten epistemological tradition of W. Dilthey, but adopting a Latin American point of view, which is: looking at subjective and objective history from the '*marginal*' social base – with which it dialogues internally and externally – , because there are the human beings who *need to make a new history*, more human than ever, from their own memory, fraternizing among themselves, without the need to resort – with undisguised pride – to the *written archives* of the dominant and illegitimate State.

Social History may not have contributed to *pure science*, but it has – and there is no doubt – it has contributed to the *humanized* vision of 'national' history, since it looks “from below and from within”, like all human beings who, twinned in an endless dialogue, constitute the *real community* that projects its future. And that, without a doubt, is also science, and responsible science with humanized history...

We are living in an exceptional time that demands, in body and soul, to make *new* history.

The old history of Chile has taught us ad nauseam that the *static principles* of history have not made us better men, but quite the contrary. So much so, that the Chilean people today suffer from the worst *mental health* in its history, which is not a simple pathogenic pandemic, but a *social-historical* product. And those most affected by this crisis are children and young people. Child and adolescent suicide rates are *one of the highest in the world*. Psychologists in this country – who are working full time and with high overtime loads – agree with this, but they *do not have time* to study the problem as a whole, but only patient after patient... They pay for hour of attention... And with maximum urgency... While the ruling class wraps itself up and shields itself in an inbred farce, to preserve its hegemony over the State and the usurpation of popular sovereignty...

In this crisis, the regenerative initiative therefore falls clearly on *civil society* itself. And only in it. Like never before. But this time the older generation is bewildered, and the younger generation, more beaten than anyone.

What to do?

Only fraternal *dialogue*, life with life, can open up a liberating perspective towards the future. Only social *dialogue* and social *change* – not structural statics – can recover a *sense* of common humanity, and a *sense* of history itself. What has been, normally, the historical role played by youth. As Miguel Ángel Solar (President of the FEUC) said around 1967, when asked by a journalist who was investigating the University Reform of that year: “if we do this (the “reform”) it is because we, the young people, *have the historical antennas more sensitive*”

And the 'true' History – the one that is identified with the 'movement' – is the one that must always accompany the “most sensitive antennas”. The *responsibility of science* demands that the youth – and especially the young historians – must think, dialogue and advance, *fraternized* with all, towards the future. The science of movement (that is to say: the true 'dialectic'), therefore, must be, organically, located *within* the communities that need to make new history... And for that, they must assume *all* forms of understanding of the human, *all* the methods of knowledge (sociological included) and *all* the common sensitivity that allows solving the problems that drag on, without solution, from the past.

The old inter-scientific war is from the era of positivism. And the war between intellectuals of the people, from the era of avant-garde fanaticism. They no longer make sense in the era to come: that of the *solidarity integration* of peoples, of all their memories and all their methods of knowledge.

Gabriel Salazar
La Reina, May, 2023